esta ciudad el jefe llanero realizó su calculado propósito de desprenderse del ejército so capa de atender al sitio de San Fernando, que no lo necesitaba, porque este puerto se rindió pronto obedeciendo al hambre y toda clase de necesidades sin que la presencia del caudillo tuviera la menor influencia.

No hay para qué agregar el terror que se apoderó de los realistas de Caracas y vecindades que lo eran en su mayoría al tener noticias de los triunfos republicanos. Los partidarios del rey se aprestaban a embarcarse y huír del país, cuando llegaron nuevas del verdadero estado de cosas, que les devolvió la calma y confianza. Una prueba más de que a no ser por la desobediencia de Páez, Morillo habría sucumbido y con él la dominación española.

Mientras tanto exasperaba al jefe supremo la situación de su gente: nervioso e impaciente se desahogaba mientras a grandes pasos medía el improvisado despacho: —Se confirmaron absolutamente los temores que anuncié a este señor feudal. Mi ejército está casi disuelto. El coronel Genaro Vázquez no cuenta ya sino con unos 100 hombres más de su brigada. Todos los demás han desertado en una sola noche. Sedeño empieza también a verse víctima de la deserción. Monagas padece del mismo achaque. O siguen tras Páez por su mal ejemplo, o se retiran para sus hogares. ¿Qué puedo hacer para contenerlos? ¿Qué puedo emprender sin caballería? Páez me ha ofrecido unos escuadrones de Guayabal y Camaguán. ¿Por qué no se da prisa en cumplir? Aunque nuestros pasos no sigan decisivos, mientras no nos hallemos todos reunidos esos refuerzos los harán siquiera menos inseguros.

Con estas ideas mandó al díscolo llanero urgentes intimaciones que poca mella parecían hacer en su espíritu, a juzgar por su silencio.

Henos aquí en una alternativa. ¿Seguiremos trillando atrás de Morillo el camino que los triunfos recientes nos han abierto hacia las provincias ribereñas del mar, que son las más ricas en hombres y recursos de toda clase, o nos limitaremos por ahora a administrar y conservar el terreno conquistado? Dos partidos surgieron, y en el Hato de San Pablo reunió el jefe una asamblea de generales que le ayudasen a tomar el mejor acuerdo.

Urdaneta abogaba por la segunda idea: que ya Urdaneta había vuelto del Orinoco. Otros, entre ellos el jefe supremo mismo, patrocinaban la primera, que triunfó. Pero ¿dónde había de encontrar el ejército tan diezmado por las muertes, las enfermedades y las deserciones, la manera de reponerse y completarse en un territorio de donde sus moradores habían desaparecido agregados a la emigración que se fue enrolada en la fuga del general español? Páez acabará su testarudez o termina el sitio de San Fernando y ya lograremos que se nos reúna. Su aporte aliviará nuestra debilidad; mientras tanto iremos ganando terreno e imponiendo terror y respeto a nuestros enemigos.

En consecuencia, se abrió la marcha el 7 de marzo para invadir los valles de Aragua.

Consciente de su debilidad, sin la caballería que se le fue con Páez, con La Torre del lado de Caracas y el ágil Morillo en Valencia ¿cómo se atreve Bolívar a establecer en La Victoria su cuartel general, o en otras palabras, a colocarse entre dos fuegos? Error, audacia sin límites que le costó caro. ¿No era más prudente haber seguido el dictámen de Urdaneta, establecerse en Calabozo, fortalecerse allí, esperar a Páez y emprender después las operaciones con renovado brío?

El puntillo de honor frente a la arrogancia, al irrespeto del jefe de Apure, la confianza en su movilidad prodigiosa, aun sin caballería suficiente, lo convencieron de que en la inferioridad a que había sometido al Pacificador se obtendrían copiosos aportes de opinión y de hombres para sus fuerzas tan luego se presentase en los valles de Aragua, y acaso también le halagaba la esperanza de que, tomada San Fernando, el caudillo díscolo no vacilaría en deponer su sentimiento y unírsele. Todo ello le dio bríos para tomar la inconsulta resolución. ¡Batiré a La Torre antes de que pueda unirse con Morillo y entonces será empresa fácil volverme contra éste y aniquilarlo!

¡Qué ánimo no cobraría al pasar por San Mateo, de los dulces recuerdos de su niñez, San Mateo, inseparable en su corazón tan sensible a las emociones tiernas y a las dulzuras domésticas, de la imágen santa, de la ternura y caricias de su madre prematuramente partida hacia la eternidad. Suave rocío refrescó al héroe y dio más vida a su esperanza de hallar allí el amor de los

pocos esclavos antes manumitidos que escaparon a los asesinatos de Boves hacía 4 años, vueltos a la esclavitud por el rematante de la propiedad, Cristóbal Ramírez.

Pero no contaba con que Morillo, aunque profundamente debilitado por los golpes de los patriotas conservaba la gran superioridad que le prestaba el gobierno constituído, dueño de cuantos recursos le llegaban de las Antillas y que esto le atraía opinión y soldados; no caía en la cuenta de que el español era, digámoslo así, hermano suyo en la astucia, la movilidad, el talento militar, el valor, el patriotismo y la fe en su triunfo.

Y aconteció que bastó una subrepticia operación del español para cambiar la posición patriota de ofensiva en defensiva. Morillo inopinadamente destacó a Morales con su vanguardia, que sorprendió a Zaraza y Monagas en La Cabrera, haciéndoles una carnicería casi total en los 300 infantes que los acompañaban. El Libertador, sorprendido, supo el peligro por urgente parte de Urdaneta, y ordenó sin demora la retirada precipitada por el mismo camino que lo había traído a su actual posición; y bajo la inclemencia de una lluvia tenaz marchando toda la noche, pero en orden perfecto, amaneció en Villa de Cura (15 de marzo) y previo un descanso de varias horas entró el mismo día al sitio de Bocachica.

Morillo se mostró grandemente irritado al fallarle el cálculo de sorprender y pulverizar a Bolívar en Cagua: es que mientras el mal tiempo de la víspera no arredró a Bolívar aquél, en cambio, se detuvo en Maracay esperando que amainara la lluvia.

Hay en la historia de Bolívar dos campos que parecían predestinados a la derrota o a la victoria: Carabobo y La Puerta. Otra vez tocaba ahora el turno a este ominoso sitio donde 4 años antes recibió el Libertador la severa derrota que cambió totalmente el curso de la guerra.

Era el 16 de marzo. Los dos enemigos desplegaron sus contingentes en la amplia llanura del Semen o La Puerta, apta para una batalla campal. Los dos paladines rivales dirigían en jefe las operaciones. Los más distinguidos oficiales ejecutaban las órdenes superiores: Anzoátegui con la guardia de honor, Pedro León Torres con sus batallones, Manuel Valdés, Urdaneta que comandaba la infantería; Zaraza, Monagas, Genaro Vázquez con

tres cuerpos de caballería. El choque fue violento y digno del valor de los contendientes de uno y otro bando. Alternativamente y a porfía rechazados y victoriosos, llegó un momento en que, derrotada la reserva sobre el flanco enemigo por Bolívar en persona de una posición en que la lucha vino a hacerse cuerpo a cuerpo, el Libertador tomó una bandera y la lanzó en medio de la valerosa hueste de Morales: "¡Soldados, a rescatar esa bandera de la patria!". A arma blanca infantes y caballeros acribillan, acuchillan los escuadrones enemigos y toman posesión de punto vital. La victoria estaba consumada. Los vítores resonaban, las cornetas rompían el aire con sus dianas, la persecución de los realistas se hacía con vigor y el enemigo huía en la mayor confusión cuando la fortuna inconstante y voluntariosa dio la espalda totalmente para sonreír a los españoles. Morillo conducía desde Valencia una columna fresca que cargó sobre las huestes victoriosas perseguidoras y obligó a la caballería a huír casi sin intentar resistencia, lo que atemorizó a la infantería que emprendió desordenada fuga. Recio batallar en que entre las 1.200 bajas nuéstras hay que contar las valiosísimas de Torres, Anzoátegui, Valdés y Urdaneta heridos; y entre las del enemigo, el arrojado comandante en jefe Morillo, a quien una lanzada le produjo una herida "sumamente considerable por el estrago que causó la lanza en las dos bocas que abrió al entrar y salir por el sitio en que la recibió en el costado izquierdo entre la cadera y el ombligo, saliendo por la espalda", según sus propias palabras. La formidable y fresca acometida contra las victoriosas columnas patriotas las desbarató, las diezmó, hizo una carnicería terrible, tomó prisioneros de gran valor, se apoderó de la correspondencia del Libertador y de los documentos del Estado

Mayor.

No pararon aquí los reveses del ejército. Uno de los más graves peligros de la campaña y de la agitada vida del Libertador le esperaba a pocos días de ese lamentable suceso.

Derrotado, pero no vencido, Bolívar desanda su camino de nuevo en dirección a Calabozo, y durante todo el cansado retroceso no cesa al mismo tiempo en la reorganización de su gente:

un corazón que no pierde su ritmo por desgracias del presente. ¿Cómo podrían quedar con ánimo de volver a su lado y someterse a su heroica disciplina militar hombres salvados milagrosamente de la catástrofe de sus vidas e incorporarse de nuevo en las filas homicidas?

El hecho es que en pocos días Bolívar tenía de nuevo un ejército capaz de presentarse en orden de batalla ante los batallones de La Torre que había quedado a cargo de la jefatura realista por causa de la grave herida del Pacificador. La Torre creía a aquél, como lo juzgaba también el brigadier Correa, pulverizado absolutamente en La Puerta, incapaz de levantar cabeza entonces y nunca. Cuál no sería su sorpresa al enterarse de que lejos de verlo desmoralizado y sin ánimo de ninguna empresa lo encontró en tal actividad y con tan vigoroso empeño, que en la última marcha hacia Ortiz lo halló de perseguido en perseguidor; que lo retó a combate frente a las alturas situadas a la entrada de ese pueblo. Era el 26 de marzo ¡tan sólo diez días después de la desastrosa batalla de La Puerta!

Más de 5 horas se peleó de parte y parte con el valor, intrepidez y talento acostumbrado. A la caída de la tarde ambos combatientes suspendieron la lucha sin la ventaja del triunfo por ninguno de los dos. La Torre huyó a Villa de Cura, pero evitando que Bolívar pudiese tomar a Caracas por esa vía; y éste por tal motivo varió el plan que se había propuesto, procurando apoderarse del occidente de la provincia por el camino del Pao.

Páez, que había vuelto tardíamente del Apure y asistido a la acción de Ortiz, fue despachado hacia San Carlos y las llanuras de Cojedes, que era el lado por donde el jefe supremo encontraba expedita la conquista del occidente de Venezuela, mientras daba órdenes a sus oficiales para allegar fuerzas y concentrarlas; y cuando lo juzgó procedente avanzó en seguimiento del jefe del Apure para unírsele. Pero el país, plagado de adeptos a la causa del rey, mantenía alerta a los espías del enemigo, quienes al tanto de los pasos de su adversario, tenían informados puntualmente a los tenientes de Morillo y La Torre, de todos los movimientos.

Pero Páez, voluntarioso siempre y rebelde a la disciplina, en vez de seguir las órdenes del jefe supremo destinadas a obrar

la concentración del ejército, vigilar los movimientos enemigos e impedir que pudieran ganar una ventaja sobre las reorganizadas columnas, siguió por donde le inspiró su capricho y se separó hacia el sudoeste con pretextos baladíes, privando a la campaña de su concurso valiosísimo, con la agravante de que lo hacía cuando el jefe supremo había tomado sus medidas contando conque el subalterno cumpliría con lo que le había prescrito.

Bolívar había llegado a San José desde el 14 de abril con parte de su gente, unos mil hombres de infantería y caballería. Con esos hombres y contingentes de Infante y Sedeño se movió el 16 hacia los llanos contiguos denominados el Rincón de los Toros, y acampó como era costumbre. A la sombra amiga de una mata o sitio poblado de árboles silvestres, se cuelga la hamaca del Libertador e igualmente se acomodan las de su capellán, presbítero Prado, y los coroneles Mateo Salcedo y Fernando Galindo.

Está el ejército, esperanza de la libertad, en lo que hasta hacía tres o cuatro décadas antes había sido teatro de las industrias campestres de don Juan Vicente de Bolívar, que desde más de 250 kilómetros al norte extendía hasta aquí sus empresas para sacar partido de su fertilidad o sus pastos en beneficio de la industria caballar; pero al mismo tiempo trillaba las regiones que habían formado centro del señorío de Boves, quien las utilizó ampliamente para crear sus feroces hordas, aquellas que nunca se saciaban de sangre patriota; y por lo visto en cuatro años transcurridos no se había bien borrado de sus corazones la tradición funesta. Cierto es que con los triunfos de los patriotas en el Orinoco, reforzados por las derrotas infligidas a Morillo en Calabozo y El Sombrero, los caudillos de estos llanos comenzaron a hacer aprestos para prestar servicios a los republicanos; pero todo este impulso, como interesado y materialista que era, lo transformó de golpe la funesta derrota de La Puerta; y con esa actitud resueltamente hostil facilitó admirablemente el éxito realista.

Callados, con inocua apariencia de mansedumbre y prestando a la tropa ostensibles servicios los que no habían huído a los refugios de los montes y cuevas de los cerros, perseguidos por la conciencia de los crímenes pasados, constituían la más impune

y eficaz red de espionaje jamás soñada. No había movimiento que no conociera el enemigo ni intención de que no se librara: ¡Bolívar en camino de Occidente! ¡Zaraza se le ha unido con buen cuerpo de caballería, 400 jinetes magníficos! ¡Ya llegó Sedeño con el refuerzo esperado por el jefe insurgente! ¡Aquí está ya Leonardo Infante con su escuadrón!

Y los realistas continuaban o modificaban sus marchas según las indicaciones de estas brújulas vivientes. Eran el brigadier Pascual Real y el coronel Rafael López que andaban en seguimiento de órdenes superiores de La Torre y Morillo, a quienes se dirigían ahora las preciosas informaciones. Y López, decide desviar su dirección para dar a Bolívar y su ejército una sorpresa desmoralizadora que le resultó mucho más provechosa y memorable.

Es el caso que en el camino se le presenta un sargento desertor. Provisto del santo y seña para penetrar entre la tropa, otra casualidad complementó la empresa con la esperanza de dar muerte luego al punto nada menos que al temido general en jefe de los independientes, pues aconteció que al paso encontraron un ordenanza del capellán, que según parece se hallaba extraviado en la llanura. ¡Excelente presa que podía conducirlos al preciso sitio donde estaba reposando Bolívar, rodeado del capellán y los oficiales que se han mencionado!

¡Yo me encargo de la comisión, reclamó el capitán Tomás de Renovales! ¡Amarren al ordenanza para que nos guíe! Y escogió 32 soldados con los que daba por segura, y con razón, su terrible empresa. Ya cerca del sitio distribuye en líneas paralelas a lado y lado a 24 de ellos y con los 8 restantes se encamina sin vacilación a su destino. Tropieza con Santander, sub-jefe de estado mayor, que estaba de inspección y ronda. ¡Alto, quién vive! A la sacramental intimación del patriota, Renovales contesta en debida forma, da cortésmente el santo y seña, anuncia que quiere ver al Libertador para el cumplimiento de una comisión urgente. ¡Esto es hecho! se dijo Renovales. Avanza y disparan a quemarropa.

Pero el Libertador, que al acercarse la patrulla enemiga estaba dormido, a la conversación o los ruídos de pasos o quién sabe qué, despertó e instantáneamente se lanzó a montar su ca-

ballo que estaba cerca, y las balas destinadas a él sólo acribillaron su hamaca y su caballo y dejaron tendido a su capellán, al capitán Fernando Galindo y al coronel Mateo Salcedo.

Perú de Lacroix, en el relato de esta cruel aventura, pone en boca de Bolívar las siguientes palabras que modifican en parte la versión anterior: "Yo estaba sentado en mi hamaca poniéndome las botas. Santander seguía hablando conmigo. Ibarra se acostaba, cuando una fuerte descarga nos sorprende, y las balas nos advierten que habían sido dirigidas sobre nosotros. La oscuridad nos impidió distinguir los objetos. El general Santander gritó en el mismo instante: "el enemigo". Los pocos que éramos nos pusimos a correr hacia el campo abandonando nuestros caballos y cuanto había en la mata. Mi hamaca, según supe después, recibió dos o tres balazos; yo, como he dicho, estaba sentado en ella, pero no recibí herida ninguna, ni tampoco Santander, Ibarra ni el general Briceño, que estaba conmigo: la oscuridad nos salvó. La partida que nos saludó con sus fuegos era española. Se ha dicho que los enemigos al entrar en la sabana, encontraron allí un asistente del padre Prado, capellán del ejército, que estaba cuidando unos caballos; que lo cogieron y amarraron obligándolo a conducirlos sobre la mata donde se hallaba; y que estando ya muy cerca de ella, vieron al general Santander, sin saber quién era, y siguieron sus pasos y después los del general Ibarra".

Ya puede imaginarse la espantosa confusión que el incidente causó en el campamento, en medio de la oscuridad de la segunda hora de la madrugada. Conscientes los jefes de los batallones de la sorpresa realista, las órdenes y diversas voces de mando aumentaban el barullo. Todo propendía a la perturbación del orden necesario.

Mientras tanto Bolívar, privado de su montura, trató a pie de incorporarse con sus infantes, pero al querer eludir a los 32 hombres de la escolta de Renovales, se perdió en la llanura. Entre las fuerzas comenzaron instantáneamente a difundirse los rumores más desalentadores. "¡El Libertador fue asesinado por la patrulla que se introdujo furtivamente", se oía por aquí; o "¡el jefe supremo fue preso y conducido a presencia del enemigo!". Y así otras versiones obra de la imaginación exaltada y temerosa.

Al rayar el día la columna de López atacó a los patriotas con el denuedo propio reforzado por la gloria de la hazaña ejecutada: fácil le fue alcanzar el triunfo completo contra sus desmoralizados contrarios. El Libertador, para evitar su reconocimiento, se había quitado la chaqueta militar y arrojádola al campo: otro signo al parecer fehaciente de su muerte. Afortunadamente seguía viviendo para la patria; no obstante, su situación era precaria. A pie entre la confusión de los fugitivos solicitaba un caballo, las ancas de una cabalgadura para salvarse. ¡En vano! El instinto de la vida era superior a las consideraciones por el querido jefe. No obstante, mientras el comandante Serrano se negó a admitirlo en el anca de su caballo, un sargento de apellido Martínez se desmontó generosamente del suyo para ofrecérselo con gran peligro de su propia vida, cuando el coronel Leonardo Infante se le presenta con un caballo ricamente enjaezado, con aperos de plata y adornado con las iniciales en ese mismo metal: R. L. Era la cabalgadura de Rafael López, el jefe de la división realista vencedor en la luctuosa jornada, a quien había dado muerte el ordenanza de Infante.

Santander también hizo cuanto estuvo a su alcance por salvar la situación y la vida del jefe supremo.

¡Y en el caballo del vencedor corrió el vencido las peripecias de la fuga del día hasta que llegó a Calabozo!

Mas, no se crea que se entregó a la tristeza de la derrota. Corrió a buscar al díscolo de Páez para reforzarlo con los fugitivos que condujo a Calabozo y los que podía recoger; pero no le fue dado encontrarlo; llega a San Fernando 4 días antes de la desastrosa derrota del llanero en Cojedes (2 de mayo), uno de sus más grandes reveses. Todo era adversidades. También el bravo Sedeño, encargado de vigilar los llanos, fue sorprendido en el cerrito de Los Patos (19 de mayo).

Enfermo vuelve el Libertador a San Fernando, donde permanece algo menos de un mes. Cedía a las fatigas tremendas de esta campaña: que a los cuidados y atenciones del jefe superior se unían los afanes materiales del soldado, las mismas escaseces de subsistencia y aun de vestido, la misma exposición a las inclemencias del tiempo y a las plagas regionales, las mismas zo-

zobras en medio de las derrotas, aumentadas en él inconmensurablemente por el panorama del porvenir de la guerra; pues aunque su fe era profunda, como hombre no podía menos que sentir de cuando en cuando, en medio de los reveses de la fortuna y la contradicción de los hombres, instantes de vacilación, de esos que sacuden profundamente el espíritu y repercuten con violencia en las naturalezas más vigorosas.

El cuadro de la independencia, mejor dicho de las desdichas de la causa patriota, se completa en todo el territorio de Venezuela con los sucesos de Oriente. Mariño había rehusado unir sus tropas con las de Bermúdez, porque deseaba obrar por su cuenta y riesgo y no quería compartir con nadie sus laureles. Gran fortuna fue que en estas desgraciadas contestaciones no vinieran a las manos, como hubiera ocurrido, sin la oportuna intervención de Urdaneta. El escándalo quedó así conjurado, pero no así las consecuencias del egoísmo, pues divididas las fuerzas, el hercúleo valor de Bermúdez no pudo impedir ser derrotado en Cumaná; ni fue dado a Mariño eludir el desastre.

El panorama de la revolución no podía ser más desalentador al finalizar la campaña de este año. A raudales se había derramado sangre patriota en el empeño de reconquistar la república; pero hay que culpar a Páez en primer lugar del mal éxito total. Su capricho, su desobediencia, digamos mejor, después de El Sombrero, salvó a Morillo y su ejército de muerte y pulverización irremediable, y con ello paró el avance de los independientes hasta Caracas, la capital y núcleo de la nación. Su defección en El Rastro, empujó a Bolívar, sin la poderosa ayuda de su excelente caballería, a la prosecución de la campaña por los valles de Aragua, origen de La Puerta, la hecatombe de la infantería y el sacrificio de oficiales de primera clase.

Después de la primera mitad de este año la república sólo señoreaba la heroica y gallarda Margarita. Seguía también con la magnífica base del Orinoco, y contaba con los recursos, más grandes todavía de la mente y el corazón de Bolívar. "La república no ha muerto porque vive en vos".

Ya se acercaba la aurora de una nueva época en que el Libertador vería a la fortuna adversa fatigada a sus pies.

## CAPITULO XXVIII

## 1818

# CAMPAÑAS GUERRERAS Y EMPEÑOS CULTURALES Y CIVILES

RESUMEN:

¿Cuál fue el año más trabajado de la vida de Bolívar? — Los gérmenes latentes de sedición. — Desacuerdo entre Mariño y Bermúdez. — Hippisley: sus exigencias. — Calidad moral de algunos contingentes europeos.—Defensa del tesoro nacional por Bolívar.— Los falsos testimonios del libro de Hippisley, "Recollection of a service of three years". — Ducoudray Holstein. — Rook y O'Leary.— Henry Wilson y sus maniobras. — Páez, su ignorancia y ambición. — Su complacencia en el plan de desconocer a Bolívar en favor suyo. — Niega su participación en la conspiración. — Destierro de Wilson. — Superioridad del Libertador a los sucesos y a los hombres.—Atención de los asuntos políticos, fiscales, económicos y militares del estado.—La fundación de "El Correo del Orinoco".— Su programa. — La cultura introducida en la Guayana. — Los colaboradores de El Correo. — Su tono, modelo de dignidad. — Su difusión en el interior y el exterior: efectos. — Santander ascendido a general, es enviado a Casanare. — Proclama profética de Bolívar. — Iniciación de las relaciones con el Río de la Plata; Juan Manuel de Pueyrredón. — Nuevo anuncio del congreso de Panamá y la unidad de la América meridional. — El comisionado Irvine de Estados Unidos. — Campaña sobre el occidente de Venezuela. — Convocación del congreso nacional. — Sobre el amor del mando en Bolívar.—Intrigas de Fernando VII y contestación de Bolívar. — La emulación entre Bermúdez y Mariño y la pasión de autonomía en éste determinan la derrota de ambos y el malogro de los planes del jefe supremo. — Regresa a Angostura.

Algunos historiadores suelen considerar el año 1818 como el más amargo y trabajado de la vida de Bolívar y lo fuera si

no nos acordáramos del año 1814 con las derrotas que sucedieron a los triunfos de la Campaña Admirable, la emigración y los sinsabores infinitos que ocasionaron las asonadas de Bermúdez, Ribas y Piar; o la guerra intestina ante los muros de Cartagena en 1815; o el año 1828, en que un solo episodio, la noche septembrina, es suficiente para igualar en tristeza y acibarar la vida más que uno o muchos años de infortunios. No es fácil decir cuál fue el período de su vida más repleto de cuidados graves y tristes pensamientos. No es sólo dentro de la movilidad, agitación y peripecias de la guerra misma donde ha de buscarse. En medio de la calma aparente que sucede al ruido y riesgos de las batallas su espíritu, alerta a los problemas de la paz y en consideración de los problemas del porvenir de América, era tan torturado como su cuerpo. El que se entrega a una causa con sinceridad y abnegación ha de poner a su servicio cuanto es y cuanto puede; y siendo la sinceridad y abnegación del Libertador de esas que difícilmente encuentran semejante, sus potencias están llenas sin descanso y sin medida de los torturantes pensamientos que reclamaba una obra hercúlea que había jurado llevar a la cima.

Las tremendas peripecias descritas someramente se agravaban con la ambición, el egoísmo y los gérmenes latentes o manifiestos de sedición que reinaban en el seno de las fuerzas nacionales. Algo se ha visto en lo que antecede al señalar la rebeldía de Páez, obra por una parte de su natural independiente, como buen llanero, y por otra, de su ambición de mando y complejo de superioridad sin cortapisas, como hombre ignorante y jactancioso que magnificaba exageradamente su innegable valor como soldado. En el norte estaba Mariño, jamás conforme con ser subordinado de Bolívar, disposición que no pocos desastres había ocasionado ya; y Bermúdez, cuya audacia, valor y arrojo escribieron páginas homéricas en nuestra Historia: y aunque aquél y éste pactaran unión y armonía en la unidad suprema comandada por el general en jefe, por la parte que les tocaba desempeñar el pacto quedaba en palabras que se lleva el viento, aisladamente ejecutado, y la causa recibía los golpes naturales por parte de los españoles, que obraban compactos y disciplinados.

Aunque parezca extraño, a todos estos motivos se agregaba uno más en muchos de los contingentes que comenzaron a llegar de Europa para auxiliar a la revolución.

Un libro publicado en Inglaterra por uno de los expedicionarios da la idea de los negativos auxilios de los aludidos expedicionarios, y de los motivos que los condujeron desde su patria a los campos de lucha de Venezuela. Se intitula "A Narrative of the Expedition to the Rivers Orinoco and Apure in South America, wich sailed from England in November 1817", by G. Hippisley Esq.

Al vivo comprende uno el móvil de codicia y lucro que dominaba a tales expedicionarios compuestos en su casi totalidad de tipos de baja ralea, soldados listos a la insubordinación y viles procedimientos. En medio de ellos se movían los oficiales como el autor, que si carentes de cierta idea del honor y disciplina, muestran un espíritu de aventura codiciosa que debía necesariamente terminar en el fracaso de sus aspiraciones.

De simple teniente que era el mencionado autor llegó convertido por sí y ante sí en coronel, con exigencias de ser ascendido a general y de que el tesoro le pagara unas cuentas que presentaba. "Que vengan autorizadas por nuestro agente en Londres y se pagarán religiosamente", contestó Bolívar, que, como lo notan todos los historiadores, si despreocupado y manirroto tocante a sus bienes personales, era, en lo que se refería al Estado, cuidadoso y en extremo conservador.

La insistencia del pretendiente, que de todos modos asediaba al jefe supremo, hasta con promesas falsas de nuevas expediciones para las que solicitaba fondos previos, y es confesión propia, no dio por resultado sino su separación con pasaporte para el exterior.

No permaneció en San Fernando y Angostura sino breve tiempo, no presenció acto alguno de armas, ni la conducta de Bolívar ni sus lugartenientes en medio de la pelea, y el libro abunda en detalles como de testigo presencial: no puede deducirse sino que los informes de solapados descontentos y enemigos en las filas echaron leña a su despecho para producir el libro a que nos referimos, y lo presentamos como prototipo de los

sentimientos que dominaban a tales oficiales, así como de la inutilidad de los soldados que lo siguieron.

Pero de todo esto lo que resulta es la evidencia de que las filas contenían una gran proporción de adversarios solapados del jefe supremo y algunos subalternos, en tal medida que no vacilaban en suministrar a los aventureros noticias llenas de falsedades y calumnias como las que contiene dicha publicación, así como otras de la época, *verbi gratia,* el libro de James Hackett, quien ni siquiera pisó tierra firme, pues desde las Antillas se volvió a Europa, lo que no obsta para que lo llenase de toda clase de infundios recogidos de los enemigos de la independencia en el Caribe.

No dejaremos de mencionar el libro anónimo "Recollection of a Service of three Years during the War of Extermination by an Officier o the Colombian Navy", cuyo autor sin duda presenció algunos episodios de la guerra; pero sin que podamos decir que su espíritu mostrara la acerba hostilidad de los otros, principalmente contra el Libertador, tiene entretejidos absurdos de tal magnitud, de naturaleza geográfica y otras, que en sí mismo lleva su rotundo descrédito.

No hacemos aquí mención de la diatriba de Ducoudray Holstein en su libro "Memoir of Simon Bolivar, Presidente Libertador", por referirse a hechos de fechas anteriores a los sucesos que vamos reseñando.

De todo esto podemos deducir la complejidad de los asuntos e inquietudes que llenaban el espíritu de Bolívar, y que unidos a los tormentos que le proporcionaban sus recientes desastres, configuran en él a un hombre de singular contextura material y moral.

Pero queremos hacer excepciones expresas a lo que acabamos de tachar en los ingleses, a los que hemos analizado tomados en bloque y en términos generales: las principales de estas excepciones se refieren a Rook y O'Leary. El primero prestó sus servicios a la cabeza de su batallón con lealtad y valor hasta que diezmada su gente y gravemente herido rindió la vida en el Pantano de Vargas. El segundo llegó a ser una de las más gallardas figuras de la guerra y la república, desde que disgus-

tado por los manejos indignos de su compatriota Henry Wilson en San Fernando y la sedición a que dieron origen, obtuvo su traslado al lado del jefe supremo en Angostura. Los servicios que prestó a la patria no fueron solamente en el orden militar: fue el primer historiador del ciclo bolivariano, y sus magníficas "Memorias" son hoy obra clásica y fuente indispensable para quienes deseen conocer los anales de la guerra magna.

Aquí cabe referir brevemente las moniobras a que se alude en el párrafo anterior. Vuelto el Libertador a Angostura (5 de junio) aconteció que en Achaguas los ingleses dirigidos por el nombrado capitán Wilson hicieron un conato de insurrección contra la autoridad del Libertador. Las tropas se hallaban inclinadas a la desobediencia a causa del mal éxito de la campaña, sin caer en la cuenta de que sin la conducta de Páez otro diametralmente distinto habría sido el resultado. Este ambicioso oportunista, juzgando la situación propicia para dar un salto feliz en la escala de la fortuna, concibió el plan de hacer proclamar a Páez jefe supremo de la guerra y del Estado. Y Páez, cuya ignorancia corría parejas con su ambición, no comprendió que si entre sus llaneros incultos del Apure y los oficiales borrachos que lo tentaban podía quizás medrar su superioridad, otra cosa era el tener que habérselas con el Libertador, los cuadros de oficiales cultos que lo rodeaban y las otras regiones del país donde la gente no adolecía de las taras personales y sociales de aquéllos, y convino con gran complacencia en el plan y trama que se le proponía. Y se labró un acta de exaltación del León de Apure al puesto más eminente de la república. Se festejó el acontecimiento con exhibiciones de destreza de caballería y cabalgatas brillantes, con el héroe en medio de ellas.

Ya está ungido Páez. Y el oficial inglés, satisfecho con el éxito obtenido, se traslada retadoramente a la mismísima Angostura con el fin de completar su obra en la capital del Estado.

Informado Bolívar previamente de todo, uno fue llegar el delincuente y ser atrapado por la justicia. "Yo no he promovido la sedición", fue la contestación al interrogatorio que se le propuso. Pero con las pruebas fehacientes en la mano, fue confinado a la prisión de la Vieja Guayana hasta que se le expulsó del país.

Excitado Páez a responder de la acusación que le formuló el jefe supremo, "Yo no tuve participación en los acaecimientos, soy inocente", fue su alegato. Bolívar no podía castigarlo como se merecía. Querido hasta el delirio por sus jinetes, respetado del enemigo hasta el pavor por su arrojo indómito, la ejecución de una sentencia del Consejo de Guerra habría causado una defección, una rebelión de los llaneros, que no estaba el ejército en condiciones holgadas de repeler. Bolívar fingió quedar satisfecho, y el León de Apure hizo el papel de continuar sometido a su suprema autoridad.

Si contrariedades de toda índole tan graves como la de saber que está en medio del fingimiento de lealtad, amenazado del oculto veneno de la víbora; si la tensión que este estado moral de su pueblo unido a los demás males públicos operaba en su naturaleza, no lo determinaban a abandonar la causa que lo consumía como una llama devoradora, hemos de convenir en que su metal era el de un gigante más invencible que Hércules, en quien los contratiempos y sinsabores no podían nunca apagar la fe ni quebrar la soberana voluntad.

El Libertador había llegado a Angostura el 5 de junio después de su estada de cosa de un mes en San Fernando, atendiendo a su salud en la misma medida que a los cuerpos y destacamentos que quedaban de los recientes campos de operaciones.

"Lo futuro es la propiedad del hombre", pensaba, y a clavar en el futuro la rueda de la fortuna de Colombia y América se dirigían sus esfuerzos. Para esto era preciso ante todo enderezar el presente. Y el presente era una máquina complicada en donde se daban cita los engranajes de todo orden: militares, políticos, sociales, judiciales y administrativos; una máquina entorpecida todavía por las pasiones que no sólo obraban como fuerza que paraliza sino como potencia destructora.

Tenía que ejercer el influjo y la preponderancia de su personalidad, reconocida expresamente por unos, tácita y subconscientemente por los que no se atrevían a desobedecerlo por más que una voz interior hablaba en ellos con el acento de la impotente rivalidad.

En medio de este cuadro moral el Libertador se levantaba majestuosamente como un águila. Superior era a la tempestad,

GENERAL EN JEFE JOSE ANTONIO PAEZ

de una mirada comprendía sus orígenes, sus tendencias, y sin alardes vanos y ruidosos la dominaba y desbarataba.

Atendió en Angostura a los asuntos tocantes al erario público cuya penuria era alarmante. Los recursos públicos se agotaban rápidamente; el contrabando que restaba gran cantidad de las entradas presupuestas, estaba en auge; el ganado, cuyas pieles suministraban una fuente no despreciable para el comercio, al igual que las bestias de carga, se extinguía por las necesidades de las campañas.

Fuera de esto, era indispensable reponer las bajas incalculables sufridas por las tropas, para poder emprender nuevas expediciones militares, conseguir armas, municiones y equipo, reponer vestuario y monturas, proveer al relativo bienestar de la población civil y enderezar las fallas del gobierno y de la justicia.

Mientras estuvo ausente de la capital el Libertador, todos los asuntos sufrieron fallas y deficiencias. En los grandes contrastes comunes se necesita siempre el hombre superior cuya presencia anima, tonifica y exalta el cuerpo social.

Cuando volvió Bolívar a la capital provisoria de Venezuela la encontró sumida otra vez en el sopor y falta de aliento que ocasionaron los reveses sufridos por sus armas, cuya noticia le había precedido en varios meses. Pronto recuperó el ritmo de vida y trabajo, de fe y esperanza, que la suya sabía contagiar. Volvieron las disposiciones militares, comisiones de diversa finalidad, órdenes encaminadas a la leva de hombres, luces para el Consejo de Gobierno y el Consejo de Estado.

Hay una creación en Angostura que la convierte en centro de irradiación de cultura y civilización y le da la nota y carácter de una ciudad con los tintes de espiritualidad que son indispensables a una capital moderna. Con el detenido apoyo a "El Correo del Orinoco", dio Bolívar nueva muestra de su capacidad de gobernante y de su comprensión sintética de las funciones de un gobernante ilustrado.

El primer número de este semanario apareció el sábado 27 de junio, y merece insertarse su programa o prospecto. En él se lee: "Esta gaceta saldrá el sábado de cada semana. En ella se publicarán: 1º Los decretos y actas del gobierno, los boletines

del ejército y cuantas materias interesantes publiquen los jefes militares y los gobernadores de las provincias, o podamos adquirir por correspondencia particular; 2º Las que conciernen al comercio interior y exterior, y los avisos de remate, subastas, precios corrientes etc.; 3º Extractos de los periódicos extranjeros, así políticos como literarios; 4º Variedades, bajo cuyo capítulo daremos algunos discursos políticos y económicos, rasgos históricos, anécdotas y diversos hechos que aunque no sean recientes, merecen conocerse, unos por la admiración y otros por el horror y la indignación que inspiran. No importa a cuál de los dos partidos contendientes pertenezca la gloria o el oprobio de ellos. Somos libres; escribimos en un país libre y no nos proponemos engañar al público. No por eso nos hacemos responsables de las noticias oficiales; pero anunciándolas como tales, queda a juicio del lector discernir la mayor o menor fe que merecen. El público ilustrado aprende pronto a leer cualquier gaceta, como ha aprendido a leer la de Caracas, que a fuerza de empeñarse en engañar a todos ha logrado no engañar a nadie.

"Como la empresa de este papel no ha sido premeditada, y estamos en un país en que no se han visto más libros que los que traían los españoles para dar a los pueblos lecciones de barbarie, o momentáneamente los de algún viajero como Loeffling y Humboldt, no podemos darle desde el principio todo el interés de que es susceptible una gaceta cuya sola existencia en el centro de las inmensas soledades del Orinoco es ya un hecho señalado en la historia del talento humano, y más cuando en esos mismos desiertos se pelea contra el monopolio y contra el despotismo, por la libertad del comercio universal y los derechos del mundo".

Es la nota más alta de cultura introducida en las anchas y enmarañadas selvas de la red de ríos guayaneses que por siglos de siglos esperaban librar sus corrientes al amor de las cosas del espíritu de los hombres.

Tan vigorosa fue esta iniciación de la Guayana en el trato de la cultura humana que el semanario desde un principio cayó en las manos más dignas que podían conseguirse no sólo en el país, sino en muchas leguas a la redonda.

El Libertador, no bien hubo ocupado a Angostura, se empeñó en dotarla de los eminentes varones que huyendo de la

saña de los Monteverdes y Boves, los Yáñez y los Zuazolas, habían elegido refugio en las islas del Caribe; y su correspondencia muestra con cuánto empeño los excitaba a que viniesen al terruño libre a formar parte de sus ciudadanos, a compartir las glorias de la guerra o reforzar con sus luces la obra de la civilización y de la paz.

¿Quién podía resistirse a la voz sonora de la patria ausente que llamaba con la persuasión fervorosa de la lengua de ese hombre? Uno tras otro fueron llegando a Angostura. Peñalver, el ínclito, el Néstor de la independencia, cuyos sanos consejos tanto satisfacían a Bolívar, se presentó con una imprenta que fue la que hizo posible en lo material la impresión de "El Correo". Su cuerpo de redacción estaba formado por los esclarecidos desterrados que habían vuelto a la voz del Libertador, y el Libertador mismo; y allí se publicaban de preferencia los actos oficiales, tanto del ejército como de la administración civil. Su tono jamás degeneró de lo que debe ser una hoja pública; fue un modelo magnífico que ojalá estuviera siempre presente ante la prensa de los estados americanos de hoy: veraz, culta y respetuosa, fuera de la profundidad y sagacidad con que elucidaba los temas siempre de interés preponderante. Su difusión en la parte del territorio dominado por los realistas y en el exterior, sirvió para arraigar el prestigio de las armas y del gobierno republicano. Debió de desarraigar en todas partes el concepto favorito de los realistas de que constituían una cáfila de matasietes y ladrones.

El enemigo tenía expedita la entrada de Venezuela por Casanare, la provincia granadina. Aunque el elemento realista en la masa del virreinato era bien numeroso, la opinión se había modificado notablemente con las crueldades y arbitrariedades de Morillo y Sámano. Los informes a este respecto eran bastante halagadores, y Bolívar resolvió aprovechar la buena disposición para nombrar un jefe que fuese el centro de reunión de todos los hombres descontentos que en la provincia se encontraban, para formar una vanguardia lista al llamado para la acción, y que al mismo tiempo impidiese que el enemigo se favoreciese de los abundantes recursos que de allí podrían aprovecharle.

La verdad era que la intriga española tenía por base la intervención inglesa que la Corona solicitaba desde el año 1817. Pero Inglaterra, utilitarista y cautelosa, no era para prestarse así como así al juego que se planteaba. Puso sus condiciones, sabias y humanitarias, pero rehuía de modo expreso otro servicio que no fuese el de mediador pacífico, recompensado con ventajas comerciales; en otros términos, no podía España contar con que la ayudase en expediciones guerreras. Esta fue la razón para acudir ahora a las potencias.

Para dar más solemnidad a la protesta contra el atentado que se solicitaba por el Rey Fernando, reunió Bolívar todas las corporaciones: el consejo de estado, la alta corte de justicia, el representante de la autoridad eclesiástica, el estado mayor del ejército; y autorizado y delegado por tales autoridades confeccionó y firmó el famoso manifiesto del 20 de noviembre que constituía la solemne ratificación del acta de independencia de 1811, rotundo y claro contra la pretensión. En definitiva, Venezuela no trataría con ninguna potencia sino de igual a igual; y en su 7º y último artículo, resumen de los anteriores, "declara la república de Venezuela que desde el 19 de abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo entero se empeñan en encorvarla bajo el yugo español".

Y que no era vana la amenaza lo garantizaban los ya legendarios antecedentes del gran conflicto, en que no sólo se había visto el increíble espectáculo de sepultarse pueblos enteros bajo la sangre derramada por el hierro de los gladiadores contendientes, sino más aún, surgir de entre la sangre fecundante unos tras otros ejércitos sin tacha y sin miedo que ponían en jaque toda la extraordinaria potencia de los arrogantes dominadores.

Antes de este último episodio, ya hacia el transcurrido mes de octubre había visto de nuevo Bolívar deshecho sus bien meditados planes por las rencillas internas: algo análogo a lo ocurrido en la anterior campaña del año.

## CAPITULO XXIX

### 1818-1819

# EL CONGRESO DE ANGOSTURA

RESUMEN:

Sometimiento de Páez. — Efecto secundario de la concentración de tropas. — Páez ascendido a General de División. — Preparación de la constitución y el discurso de Angostura. — Ventajas del soldado llanero sobre el español. — Los realistas conducen sus columnas hacia el sur. — Guerra de cansancio y fatiga. — Fracaso de la táctica europea. — Costumbres del soldado llanero. — Su modo favorito de pelear. — Hazañas de Aramendi. — Traslado del Caujaral. — Penalidades de la gente de Morillo. — El desgaste de la guerra. — Pérdidas de Morillo. — Morillo retrocede hacia el norte. — Regreso de Bolívar a Angostura. — Instalación del Congreso. — Buena impresión que produjo. — El discurso inaugural. — Su objetividad. — El prurito de la imitación.— Necesidad de evitar errores de la constitución federalista. — Democracia y antidemagogia de Bolívar. — Los hombres nacen con iguales derechos pero no con unas mismas aptitudes. — Alejamiento igual de los extremos. — El senado hereditario. — Debilidad del sistema democrático. — Escollos de la libertad indefinida de la democracia absoluta. — El areópago o poder moral. — Aguda penetración del Libertador. — Acrecentamiento del prestigio de Bolívar. — Renuncias reiteradas de su potestad civil. — El Congreso no las acepta. — Zea nombrado vicepresidente de la república. — Las secretarías de Estado. — Palabras de James Hamilton. — Manifiesto de las autoridades del territorio dominado por Morillo. — La firma de don Feliciano Palacios Blanco.

La concatenación de los sucesos, aunque a veces nc concuerde con la cronología, obliga en ocasiones a mencionarlos con anterioridad a las fechas en que se situaron. Así ocurrió en esta bio-

grafía con la mención del sometimiento de Páez a raíz de la sedición de Wilson. Fue a la vuelta de la fracasada intentona de atacar a Morillo entrando por Barlovento en el corazón de la república, cuando considerando ya urgente apagar el incendio que latente vivía entre las huestes de Páez, el Libertador partió de Angostura para los dominios semi-independientes del caudillo apureño.

Sin duda los subalternos de este jefe y él mismo alimentaban la dulce ilusión del dominio absoluto de la guerra y el mando de la república. Pero llegar el Libertador hasta ellos y abatirse sus ánimos egoístas todo fue uno. Bien sabía, sin embargo, que no podía confiar inconsideradamente en esa mansa actitud y le era preciso guardar la mayor prudencia y observar una vigilancia bien estrecha. A esto servía indirectamente la concentración que había llevado a cabo de todas las fuerzas disponibles, que le habían precedido. Eran más de 5.000 bravos de los batallones "Rifles", "Barcelona", "Barlovento", "Angostura", "Zapadores", "Apure", "Granaderos", los artilleros y los escuadrones de jinetes. Era la cita épica de los jefes Pigott, José Gabriel Lugo, Macero, Judas Tadeo Piñango, Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza, Bartolomé Salom, José Antonio Páez y Manuel Sedeño.

Páez fue ascendido a General de División, con lo que se adormeció más todavía su espíritu ambicioso y el de sus tenientes.

Vuelve a Angostura el incansable jefe supremo el 29 de enero. ¿Qué lo trae ahora dejando sus legiones apostadas en San Juan de Payara? Su actividad se escalona como siempre. Su pensamiento busca como auxiliar a la espada, y por la espada y las armas asciende a los objetivos que tiene trazados. El 23 de enero de 1819 se inicia su regreso. Serán 16 días de fatigoso viaje por las caldeadas aguas del Orinoco.

Pero ¿quién gobierna en San Juan de Payara las numerosas tropas con que intenta hacer frente al realista primero, y más tarde trepar hasta la cima de la gloria y la libertad, más inclinada que la inmensa cuesta de los Andes aterradores para los llaneros?

Con admirable tacto Bolívar los puso al comando del rebelde, del díscolo, del señor feudal Páez, ahora general de división y

comandante general del Apure, esas tropas en que hoy tenía cifradas sus esperanzas: golpe maestro de tolerancia, rasgo de talento que así mellaba ambiciones, emulaciones y resquemores, fue esta muestra de confianza y promoción de autoridad.

Y ¿quién es ese hombre a quien O'Leary retrata, que "reclinándose en la hamaca durante las horas del calor opresivo del día, o en la flechera que le conducía a bordo, sobre las aguas del majestuoso Orinoco, o bien a sus márgenes, bajo la sombra de árboles gigantescos en las horas frescas de la noche, con una mano en el cuello de la casaca y el dedo pulgar sobre el labio superior, dictaba a su secretario, en momentos propicios, la Constitución que preparaba para la república y la célebre Alocución que ha merecido tan justa admiración de los escritores y estadistas?

Es el ser proteico, el hombre de más variadas facetas que ha dado a luz la prolífica naturaleza americana. Y se asombra uno de que con la incomodidad que le rodea, sin la cooperación de una biblioteca, sin más libros que su memoria, sin más guías espirituales que su propio espíritu, sin el sosiego ambiente ni la clásica tranquilidad interior preconizada por Ovidio para las producciones del espíritu, "animo sereno deducta", acometiese y llevase a cabo el código político que meditaba presentar y presentó días después a la inauguración del Congreso de Angostura.

Tal era el menester que le hizo regresar temporalmente del campo de la lucha armada. Páez quedaba allá al frente de las legiones patriotas. Al frente de las legiones y de Páez el Pacificador Morillo con las suyas numerosas, 7.000 hombres aguerridos, resueltos, y sus tenientes La Torre, Morales, Calzada, Perera, valerosos como él, y como él inteligentes, sagaces y patriotas.

Pero si en esas precisas cualidades se igualaban los jefes que peleaban en los dos bandos, y si los hombres de Páez eran inferiores en número y en copia de elementos bélicos, una ventaja importante les prestaban la naturaleza ambiente y los detalles geográficos, que conocían palmo a palmo, y a que estaban habituados desde la cuna: la malla apretada de ríos, caños que tributan en el Apure, el Aragua, el Orinoco; las plagas y alimañas que abundan en colmenas y manadas en aire, tierra y agua; el sol que agota, la lluvia que cala los huesos, la sed que enloquece,

el hambre que mata, eran los grandes aliados de los ejércitos llaneros cuyas unidades apenas si eran sensibles a estos azotes en que vivían y habían nacido. Ellos conocían todos los secretos de los morichales y las ocultas rutas por donde era posible transitarlos sin peligro; ellos, vestidos a la ligera, apenas con calzones de tela delgada, estaban en disposición de soportar sin incomodidad el sofocante rayo tropical; ellos, nacidos con la sobriedad impuesta por la mezquindad del pan, con una mísera ración de carne sin sal, de plátano o yuca, desafiaban el hambre y la sed con más facilidad que el extranjero habituado a las delicias del pan, del vino, de la carne condimentada y otros regalos comunes del paladar; ellos llevaban habitualmente una vida de privaciones y de lucha tenaz y victoriosa con los elementos y las fieras, una vida que aguzaba su sentido de la astucia, una vida que los hacía casi insensibles a las molestias de los insectos, al cansancio y agotamiento de las marchas extenuantes, al molimiento de las caballerías en correrías audaces, lanza en mano, cabalgadura y arma en cuyo manejo no conocían rival en el mundo; ellos compensaban con esas armas naturales la disciplina, la ciencia militar, las armas de la guerra civilizada de los enemigos transportados de campos de guerra europeos cuyas condiciones distaban tanto de los métodos impuestos por el nuevo escenario de luchas. Bien lo dice Morillo: "Desde que dejamos la villa de Calabozo hemos estado constantemente marchando por desiertos, exhaustos de todo recurso e imposibilitados de recibirlos, por las dificultades de los transportes e interceptación de las comunicaciones. Los continuos pasos de ríos y de caños, atravesando días enteros pantanos y lodazales, con el agua hasta la cintura, unido al escaso y miserable alimento del soldado en los arenales ardientes del llano, han ocasionado muchos enfermos de gravedad; y son muchos los hombres heridos por las rayas y mordeduras de los pescados llamados caribes y tembladores, siendo hasta ocho los devorados por los caimanes".

Teniendo las tropas a su frente al que resumía en sí todas sus cualidades y encerraba toda su virtualidad bélica, al centauro llanero por excelencia, el general José Antonio Páez, bien podía el Libertador haber vuelto la espalda momentáneamente a los llaneros del Apure, a las aguas del Arauca, es decir, al sitio de las faenas armadas, para dedicarse a cimentar la república que

forjaba, aumentar su crédito en el exterior como entidad cívica y ganarle respeto y nombre entre los gobiernos y gentes que contemplaban atónitos el desarrollo de una guerra tan desigual por los elementos materiales de que disponían los contrincantes, aunque sostenida de parte de los americanos por elementos espirituales de esos que no saben de desfallecimiento, descanso ni retroceso.

Y mientras optimista y confiado Bolívar bajaba el Orinoco en busca de la capital provisoria de la república, los españoles, confiados también y fiando en el apoyo de la enorme zona que dominaban, impulsaron sus columnas con el ánimo de aplastar a los que con tanto menosprecio miraban.

Hábil como pocos su general en jefe, llegó en ocasiones a superar a Páez en malicia bélica y burlar su vigilante acecho, y así logró conducir sus ejércitos al corazón mismo de los dominios del célebre llanero.

¿Era posible vencer a Morillo con la menguada fuerza de que disponíamos? Bien conocía el Libertador la superioridad del español por su infantería, en calidad y número sobre la suya; pero sabía también que el ingenio llanero y la caballería nativa manejados con arte y sutiles arbitrios en que eran inagotablemente ricos, ayudados de la incomparable alianza de la geografía y del trópico, neutralizaban esa superioridad y los obligarían a ceder el terreno en no confesada derrota; y al partir para Angostura dejó a Páez una consigna por todo un programa de guerra: ¡Guerra de cansancio y fatiga! No se necesitaba más consigna.

Morillo, decimos, a quien habían dado fundadas esperanzas los reveses patriotas de la última campaña, henchido de alientos muy justificados, fue conduciendo sus contingentes en marcha vertiginosa desde las ricas provincias de Barinas y Caracas a las insalubres y pobres soledades del Apure y del Arauca. Día a día, hora a hora iba convenciéndose de que la empresa era muy otra que combatir con los recursos de la técnica militar, con pesados equipos provistos de cuanto era indispensable para el soldado, en los gloriosos campos de la península contra los ejércitos napoleónicos. El aprendió el arte de la guerra de Europa, donde precisamente el soldado ha de ir provisto de todos sus enseres para pasarlo cómodamente en cuanto la comodidad

puede aliarse con la azarosa vida de las marchas, el campamento y las batallas; morriones más o menos pesados, mantas para resguardarse del frío y protegerse contra la intemperie, cantimploras para que no falte el agua, pesadas botas para guardar el pie en las caminatas, recado para comer, capotes para cubrir el busto, morrales para distintos menesteres. Todo esto era inútil, y sobre inútil, engorroso en el género de guerra a que los había traído el servicio de su patria lejana. Acá mientras más escoteros, más aptos para la pelea; mientras menos abrigos y engorros, más expeditos para acometer, caminar, descansar y "volver caras". Su frugalidad es proverbial; a ellos les agradaba dormir casi desnudos bajo la acariciante frescura y la brillante luz de los astros nocturnales.

El llanero no era amigo de las grandes formaciones. Holgaba con los piquetes mínimos, guerrillas que le permitían molestar, engañar, acosar, desorganizar las grandes formaciones enemigas, separarse en son de derrota, y aparecer luego reunidos por arte del demonio para seguir en la tarea de acecho, embarazo y desasosiego. Y fue así como el terrible Aramendi, habiendo logrado Morillo despistar a Páez y ocupar el asiento del cuartel general en Caujaral, se introdujo con pasmosa audacia en el campamento, tomó rápidamente detallada nota de él y llevó el dato a su jefe que supo sacar partido del informe.

Este valiente coronel Francisco Aramendi, el mismo de la célebre toma de las flecheras en el Arauca, ejecutó también la hazaña típicamente llanera de desorganizar una noche todo el aguerrido ejército de Morillo introduciéndole unos caballos cerriles con cueros secos atados a las colas: la extraña maniobra metió gran ruido en el campamento de los españoles, con el consiguiente terror y desorden.

Eran como bandadas de mosquitos que acometían, se disgregaban enseguida y se juntaban luego para aparecer y acometer con la misma saña.

Por su parte el general apureño, el *Taita,* cuidaba con solicitud paternal de los pueblos y gente civil, ancianos, mujeres y niños de su dominio. Para precaverlos de los ultrajes y crímenes del enemigo, y privarlos de los auxilios que de todos modos había

de prestarles un pueblo habitado, había incendiado a Caujaral trasladando previamente a sus habitantes a un sitio distante, rodeado de pantanos, Cunaviche. Grande, aparatosa fue la emigración del pueblo, con todos sus enseres domésticos, acompañados de perros, precedidos o seguidos de las reses necesarias a la subsistencia.

A ese lugar escogido por Páez, por ser inaccesible al extranjero, ya que quien no conociera las vías que a él daban acceso, se exponía a hundirse en los morichales, llegó la emigración a los tres días de marcha, soportando la canícula y la intemperie. En pocas horas los hombres construyeron las casas para las familias, y el pueblo desaparecido se había levantado de nuevo con su bullir de vida, el solaz de sus diversiones y devaneos, sus diarias ocupaciones, y su existencia tranquila como si la aldea surgida de la necesidad de ocultarse al enemigo fuese un establecimiento de larga existencia ya, donde la vida ha traído y sigue un curso tradicional y despreocupado de males.

Bajo las molestias de sus jinetes llaneros que no dejaban sosiego, y de los elementos de la naturaleza, crueles y aterradores, las huestes de Morillo avanzaban al sur con admirable constancia y patriotismo, con el fin de pasar el Arauca y ganar finalmente el Orinoco. Pero los hombres, según la citada descripción del Pacificador, sucumbían a la fiebre, a los caimanes que poblaban los caños y ríos que atravesaban, heridos y baldados por los peces voraces que los pueblan, enterrados vivos en los tremedales alevosos, agotados del hambre y la sed. Los aliados de Páez cumplían su misión a maravilla. Páez desarrollaba admirablemente la consigna dada por el jefe supremo: ¡guerra de cansancio y agotamiento! Ante el empuje resuelto y heroico de Morillo los hombres del americano desplegaban todos sus ardides y en las acometidas de guerrillas y mañosas asechanzas de éstos, aquél le sacrificaba algunas unidades, que pagaban con pérdidas iguales, pero el enemigo llevaba la desventaja en el desgaste: en los ataques de las guerrillas, insolaciones, fiebres palúdicas, hundimientos, mordeduras de serpientes, destrucción por los caimanes, picadas de rayas, etc., había disminuído su ejército de más de 7.000 hombres a poco más de 3.000 en los pocos meses de su campaña de Apure y Arauca.

Cayó en la cuenta de la temeridad al acercarse a Cunaviche con la intención de atacar la infantería que Páez había estacionado en la isla de la Urbana, y al punto resolvió salvar el resto de su ejército desandando hacia el norte el largo camino hecho.

El jefe supremo había llegado a Angostura el 7 de febrero. Contaba con que para esa fecha estuvieran presentes todos los diputados al Congreso para instalarlo en seguida, presentar la renuncia de sus funciones civiles y volver acto continuo al escenario de la pelea. Su impaciencia por la llegada de aquéllos no duró mucho, sin embargo. El 15 de febrero estaban en Angostura casi todos los componentes del augusto Cuerpo, y ese día, con gran aparato como cumplía a lo solemne y trascendental de la ocasión y a la importancia de la corporación, se instaló el Congreso que había de producir en el exterior la impresión de que la guerra no era obra de partidas levantadas en rebelión con el fin de merodear y saciar malos instintos, como querían hacer entender los realistas de aquende y allende los mares, sino un movimiento organizado con un pensamiento vital, con un fin determinado y preciso: la independencia; con una intención irrevocable de constituír una gran nación, y con la épica determinación de vencer o morir, dirigido todo por hombres de la mayor representación social e influencia por sus luces intelectuales.

A este respecto había un hombre al lado de los demás próceres, muchos de ellos adornados de las mejores prendas sociales y morales, que resumía en su sola persona cuanto era preciso para imponer respeto, admiración y simpatía: Simón Bolívar, el Libertador.

Y si algo faltara para producir en propios y extraños el efecto de la realidad americana en cuanto dice derecho a la autonomía nacional, aptitud para el gobierno propio y hombres capaces para echar sobre sus hombros las tareas anexas a la legislación y administración de una gran nación, el discurso con que el Libertador declaró instalada la gran asamblea no dejaría ya la menor duda.

Lo primero que impresiona en el famoso discurso es la objetividad que campea en todo su contenido. Una vez más y por todas queda refutado el prurito de la imitación a todo trance de

teorías bellas para enunciarse y de resultados benéficos sin duda en otras latitudes distanciadas de nosotros por todo género de detalles, tocantes a zonas geográficas, situación, densidad de habitantes, comercio, religión, educación y costumbres e inclinaciones.

Hasta ahora Venezuela independiente no había conocido más Constitución que la federal de 1811 que él combatió con todas sus fuerzas en asocio principalmente de Miranda, y que el Manifiesto de Cartagena siguió tildando ya en vista de sus desastrosos resultados. Era necesidad perentoria evitar el que se volviese a caer en el error por el espejismo de una carta federalista como la de los Estados Unidos, "perfecta" pero inadaptable. Sistema magnífico y halagüeño, "no era dado a los venezolanos gozarlo repentinamente al salir de las cadenas". "No estábamos preparados para tanto bien. El bien como el mal da la muerte cuando es súbito y excesivo".

Su adhesión irrestricta a la democracia y al gobierno republicano no le impide su repulsión igualmente decidida de la demagogia, que siempre fue su mayor preocupación, hasta el punto de ser responsable de uno de sus más grandes errores, causa de mucho de su desprestigio en los países del sur. Porque "los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, pero no todos nacen igualmente aptos para la obtención de todos los rangos, pues todos deben practicar la virtud y no todos la practican; todos deben ser valerosos y no todos lo son; todos deben poseer talentos y no todos los poseen; la naturaleza hace a los hombres desiguales en ingenio, temperamento, fuerzas y caracteres".

Este temperamento busca huír a todo trance de extremos que han dado en tierra con instituciones memorables en la historia de los pueblos.

Extremando la lógica de sus convicciones y temores, Bolívar propone la creación del senado hereditario, cuerpo neutro, que sirva de poder moderador en que se emboten las cóleras del pueblo contra el Ejecutivo y las arbitrariedades del Poder Ejecutivo contra el pueblo: aboga por la fortificación del sistema de gobierno, que su equilibrio sea estable, inconmovible; porque

no hay sistema más débil que el democrático donde todo conspira contra el Poder Ejecutivo.

"No seamos presuntuosos, legisladores", dice, "seamos moderados en nuestras pretensiones. No es probable conseguir lo que no ha logrado el género humano, lo que no han alcanzado las más grandes y sabias naciones. La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas. Echad una mirada sobre las repúblicas antiguas, sobre las repúblicas modernas, sobre las repúblicas nacientes".

Tanto el senado hereditario como lo referente al areópago o poder moral, revelan la superioridad del pensador y el sincero celo por la estabilidad y creciente moralidad de la obra que era el delirio de su corazón. No se aceptaron por los legisladores esas sugestiones, y dieron pábulo después a que se calumniaran sus móviles. Seamos sinceros y confesemos en vista de los resultados, que Bolívar tenía una visión más realista y penetración más aguda de los negocios públicos y problemas del porvenir que todos los estadistas de su época.

Para que el lector pueda darse cuenta cabal de este documento maravilloso por la madurez política, la elocuencia ejemplar y los sesudos principios que contiene, nada más oportuno que reproducirlo en toda su extensión como lo hacemos en el Apéndice Nº 9.

Los diputados y el pueblo de Angostura se sintieron profundamente conmovidos y atraídos por la personalidad y por la voz de este hombre que clamaba en el desierto de Guayana con acentos de profecía. Su prestigio llegó a la cumbre, porque no había quien pudiese igualar su sabiduría y era sin par en el desprendimiento.

Su autoridad, su espada y las de sus compañeros de armas quedaron por un rasgo de renunciamiento, depositadas a los pies del Congreso para que de ellas dispusiera según su sabiduría, pero en vano, porque el augusto Cuerpo se apresuró a devolverlas bizarramente, y no obstante las reiteradas renuncias del jefe supremo como supremo administrador nacional, para separar el mando militar del civil, el Congreso insistió una

GENERAL JOSE MARIA CORDOBA

y varias veces para que se continuara el mando dictatorial de que estaba investido y que tan visibles resultados había rendido en el camino de la guerra.

Pero Bolívar protestaba que era precisa la separación entre los dos comandos: "soy hombre de guerra, no de leyes. Yo no sirvo sino para pelear, para andar entre soldados, impidiendo que los otros lo hagan peor que yo". Tales sus expresiones y pensamientos.

Nada pudo alterar la actitud de los miembros del Congreso nacional, bajo los consejos de su presidente Francisco Antonio Zea. Se vio forzado a aceptar. Y después de todo ¿en qué habrían quedado los progresos realizados por Bolívar y sus gallardos compañeros, en qué el firme paso que los estableció en Angostura, en qué el prestigio y el respeto ganado en Europa por la revolución y los paladines de la libertad?

Todavía la discordia y la ambición andaban en las filas militares y civiles, aunque dormidas y silenciosas, no bien domadas; y habría bastado que se sintiesen desligadas de los lazos que únicamente podían apretarlas y sofocarlas hasta la muerte, para dar espectáculos lamentables. Conato hubo de ello a cuya anulación bastó la noticia del triunfo de Boyacá.

Era de toda necesidad designar un presidente que desempeñara las funciones ejecutivas en ausencia del Libertador, próximo a ausentarse en campaña, y nada más natural que investir del cargo al ilustre Zea, presidente del Congreso.

Mientras tanto el Libertador presidente estableció tres secretarías del despacho ejecutivo: de estado y hacienda con Manuel Palacio Fajardo; del interior y justicia con el licenciado Diego Bautista Urbaneja; de guerra y marina con el general Pedro Briceño Méndez.

No hay para qué decir que mientras el vicepresidente estaba investido del poder ejecutivo en aquellas regiones donde los ejércitos llevados por el Libertador no alcanzaban a ejercer una influencia directa, éste seguía en el uso de la dictadura, esto es, con el mando discrecional que le permitía seguir sin embarazos su benéfica labor libertadora.

La magnífica impresión producida por el Congreso se traduce de un modo irrecusable por la carta que escribió al duque de Sussex el coronel James Hamilton, en la que se leen conceptos como éste: En la instalación del Congreso "dió el general Bolívar una prueba tan brillante de moderación como jamás se encuentra en los anales de ningún país... Entre sus miembros hay varios de talentos eminentes y algunos de grande experiencia. Jamás ha obrado el general Bolívar más políticamente ni ha dado un golpe tan decisivo al gobierno español como reuniendo la representación nacional. Ha fijado para siempre su reputación obrando como grande hombre y como un virtuoso ciudadano".

También Morillo dio testimonio de la importancia del golpe cívico asestado por el Congreso a la causa real, con los procedimientos que adoptó para desacreditarlo: un manifiesto en español, inglés y francés circuló profusamente en el exterior.

Todos los ayuntamientos, las diputaciones municipales y los cabildos dominados por los realistas suscriben por manos de sus funcionarios el documento, mezcla de amor al monarca, diatribas, calumnias y fanfarronadas. Bolívar es "el Sedicioso", "el Traidor feroz", "el Bárbaro", "el Tirano", "tan cobarde como imprudente", "el aturdido".

El manifiesto hace a su modo una historia de la revolución desde el 19 de abril de 1810. "Estos pueblos felices después de tres siglos de paz, de justicia y libertad, habían llegado a un punto increíble de prosperidad, cuando unos pocos hombres perdidos vinieron a destruir aun sus mejores esperanzas".

Necesitaba, dice, proporcionarse "medios y auxilios de mantener la guerra. Ningunos eran más conducentes en los países distantes que no conocen estos pueblos, que los de anunciar la organización de un gobierno republicano en Venezuela y la instalación de un congreso general de las provincias, ofreciendo en consecuencia tierras y recompensas a los que quisiesen trasladarse a ellas. Así se anunciaba casi directamente la pacífica posesión y el voto general de todos sus pueblos de los cuales aparecían sus representantes en el llamado congreso, y quienes no eran otros que varios sediciosos fugitivos ha 5 años de su patria

o de los presidios, que después de haber vagado llenos de miseria por las Antillas se habían reunido en Angostura y arrogádose aquel carácter".

Con la larga protesta "creen, pues, de justicia evitar" los males que ocurrirían a los extranjeros y familias extranjeras que podrían venir a perecer "o en las puntas de sus bayonetas o a manos de unos pueblos llenos de furor contra sus infames enemigos, o por la mortal influencia de sus climas".

Como para mejor evidencia del descrédito que inspiraba la augusta corporación, la segunda firma del documento era la de don Feliciano Palacios Blanco, hermano de doña Concepción Palacios Blanco, y por tanto, tío carnal de Bolívar, realista incorregible.

Y había razón para semejante revuelo. La novedad había sido quizás una sorpresa, una contrariedad para los que mostraban tal menosprecio, y si no los menospreciaban en sus conciencias se complacían en desacreditar a los rebeldes con los títulos más denigrantes de la escala social.

## CAPITULO XXX

## 1819

# LA LIBERACION DE NUEVA GRANADA

RESUMEN:

Primera intención de la campaña de 1819. — Alborozo en Araguaquén a la llegada de Bolívar. — Retrato de Bolívar por O'Leary. — Páez hostiga a Morillo. — Las Queseras del Medio.— La proclama de Bolívar. — Morillo se retira a cuarteles de invierno. — Inicio de la fortuna del Libertador. — La predicción del coronel Francisco de Paula Alcántara. — El padre Blanco había aconsejado a Bolívar hacer la campaña de Nueva Granada. — Excelente desempeño de Santander en Casanare. — Súbito cambio del plan de campaña. — Las dificultades que habían de superarse. — Junta de guerra en el Hato Cañafístola. — Defección del coronel Iribarren. — Se rompe la marcha hacia Nueva Granada. — Los jefes expedicionarios. — Barreiro y Morillo ignoran el movimiento. — Ríos desbordados, lagunas, caminos anegados. — Marchas y transportes. — Páez falla en el suministro de mulas. — En Tame: conferencia del Libertador con Santander. — Bolívar elige para la invasión el camino del páramo de Pisba. — Penalidades por el frío. — Santander derrota la avanzada realista en Paya. — Acogida de los habitantes. — El engaño de Barreiro. — En Socha el 7 de junio. — Descanso, reorganización y equipo de las tropas. — Morillo ignorante de todo. — Comparación de la travesía con la de la Cordillera Blanca del Perú.— Elogio hecho por Santander. — Barreiro adopta la defensiva.— Los Corrales de Bonza. — Gámeza. — Los pueblos llenos de entusiasmo, prestan su concurso. — Traza de los reclutas. — Bolívar los transforma en soldados eficientes. — El Pantano de Vargas. — Bolívar corta las comunicaciones de Barreiro con Tunja y Bogotá dejándolo a retaguardia. — La batalla de Boyacá. — Fernández Vinoni ajusticiado.

Se ha dicho que al salir a campaña el Libertador nuevamente después de instalar el Congreso de Angostura y organi-

zar la administración civil, llevaba en su ánimo la idea de emprender la campaña de Nueva Granada. No nos parece exacto el juicio.

Bolívar intentaba, al salir de Angostura el 27 de febrero de 1819, invadir la provincia de Barinas. Le acompañaban tropas inglesas que llegaron allí precisamente el día de la instalación del Congreso. Llevaba el empeño de continuar la guerra de cansancio comenzada por Páez con tanto éxito, y oponerse a la posible reunión de los ejércitos pacificadores de Venezuela con el de Nueva Granada. En Barinas encontraría la abundancia que no faltaba en la provincia, y tendría a raya al realista mientras Urdaneta, Zaraza, Monagas por el oriente, es decir, por las costas del Orinoco, Cumaná y Barcelona, dividirían las fuerzas enemigas, con lo que, una vez aniquiladas separadamente por oriente y occidente, dominaría y ocuparía a Caracas, que era señorear el país. Por lo pronto seguía vigente el plan de guerra de guerrillas antes adoptado.

Habíamos dejado a Morillo retrocediendo hacia el norte cuando en camino a la isla de La Urbana comprendió que la empresa era seguramente desastrosa. Luego que Páez conoció el movimiento trasladó de allí la infantería al sitio de Araguaquén, a unos 10 kilómetros adelante, hacia la orilla derecha del Orinoco.

Alborozo, gritos de alegría, optimismo indecible en el campamento de Araguaquén el 11 de marzo. Es que la presencia del Libertador hacía sentir al soldado el aliento que infunde un compañero querido o una columna protectora. En medio de sus sufrimientos el soldado anhela por la pelea en que piensa como término de su inacción indecorosa. Y a este motivo espiritual se unía la condición de verdadero camarada del jefe supremo, que en sus hábitos, modales, vestidos y sufrimientos era poco, casi nada, lo que se diferenciaba de ellos.

Los historiadores copian a este respecto la relación de O'Leary, que estimamos indispensable en todo relato biográfico como el presente, porque es un testimonio procedente del leal ayudante cuyas memorias constituyen la base de toda su historia: "Bolívar en estas marchas se levantaba con el día, montaba a caballo para visitar los diferentes cuerpos, de paso los

animaba con algunas palabras cariñosas o con recuerdos lisonjeros. Acompañado de su estado mayor seguía al ejército; al mediodía se desmontaba para bañarse cuando había donde; almorzaba como los demás, con carne sola y descansaba algo en su hamaca. Después daba sus órdenes y despachaba su correspondencia, lo que hacía moviendo constantemente la hamaca. Después de haber comido las tropas su ración se continuaba la marcha hasta encontrar, si era posible, alguna mata o pequeño monte donde acampaban, o si no a campo raso. Contaba entonces Bolívar 36 años y se hallaba en toda la plenitud de su vigor físico y mental. Los que le acompañábamos en aquella época —a la sazón era yo ayudante de campo del general Anzoátegui— podemos dar testimonio de su incomparable actividad y sus desvelos no sólo por la suerte de la república sino por la del último de sus soldados".

No se engañaron los cuerpos alborozados por la llegada del jefe supremo. ¡Las fuerzas de Morillo están diseminadas! ¡Marchemos a coparle y destruirle las que tiene acantonadas allá en la Gamarra, cerca de Achaguas, su cuartel general; y una vez consumado, nos apoderaremos del mismo general! Y echaron adelante esguazando ríos y caños, atravesando matas, hollando planicies, despreciando el sol ardiente, y a marchas forzadas llegaron a contacto sorpresivo con el enemigo.

La carga fue memorable, la resistencia española heroica. El "Rifles" y el "Barlovento", batallones de infantería, fueron rechazados y suspendieron los fuegos para esperar los refuerzos. Aprovecháronlo los realistas y escaparon en buen orden pasando el Apure. Se señalan como causas del mal resultado la deserción de los guías que conducían el "Rifles", dejando a Pigott, su comandante, sin modo de moverse en tierras que no conocía; la ignorancia de los indios del batallón, bisoños en el manejo de las armas, y acaso lo peor de todo, el ataque epiléptico que acometió a Páez, jefe superior de la jornada, en el momento de entrar en combate. Era un mal de que sufría el terrible caudillo.

Al día siguiente, 28 de marzo, Bolívar llegó más cerca de Achaguas. Conociendo Morillo la superioridad de su infantería salió a retarlo, pero con el consejo de sus oficiales, el Liberta-

dor esquivó el comprometer su ejército en una batalla campal de dudoso resultado.

Páez, no obstante, molestaba al realista según el modo típico de la caballería llanera: con un escuadrón de 20 lanceros derrotó a Morillo su descubierta de 200 infantes y a todo escape se puso fuera del alcance del enemigo, que siguió su camino en busca del jefe republicano.

Los dos grandes caudillos se situaron casi frente a frente. El día 2 de mayo está Bolívar en la margen derecha del Arauca, cerca del paso de los Potrerillos Marrereños, y su rival en la banda izquierda, cerca de las Queseras del Medio.

Fortuna fue para los patriotas la deserción de un soldado de Morillo que reveló todo el plan del español. Escarmentado de los astutos asaltos de Páez, contaba con que en la primera oportunidad se le echaría encima y lo aplastaría y así acabarían de una vez con tanta incomodidad como le proporcionaba sin tregua ni descanso.

¡Vamos a ver quién puede más! exclama Páez, resuelto a retarlo en duelo mortal. "Vengan conmigo los que quieran"; y como se ofrecieron todos sus jinetes, él sacó sólo una columna de 150 hombres entre los cuales iba el gallardo coronel Rondón. Con ellos pasó el Arauca sin que la operación pudiera ser advertida de Morillo. Ordenada la miserable expedición en partidas de 20 jinetes, cada una corre a todo andar sobre la división enemiga. Morillo no puede creer que ese mísero destacamento ha osado solo retarlo, y considerando que el ejército patriota ha pasado el río, mueve todo su contingente sobre los 150 hombres para pulverizarlo y dar en seguida cuenta del resto del ejército libertador. Y aquí la maniobra típica. Páez huye a todo escape sin perder su formación. En esta faena la infantería y artillería pacificadoras iban quedando cada minuto más separadas de su caballería, constante de 1.000 hombres. Mientras tanto el llanero, "viéndose con dos columnas fuertes de caballería en paralelo con él, no sabía a cuál de las dos atacar con éxito sin que la otra lo envolviese, y ordenó al coronel Rondón que volviese caras contra Narciso López, lo atacara en firme e inmediatamente retrocediera a su puesto para que no lo encerraran las dos columnas de los flancos". Cuando ya con-

de ardides llaneros, se retiró prontamente, al tiempo que lo mismo hacían los patriotas, conscientes de que el cansancio de sus caballos y tropa no prometían acción ventajosa.

De todos modos, la guerra de cansancio, que era parte principal del preconcebido plan de Bolívar, produjo su efecto, y Morillo comprendió que lo mejor era cambiar de escenario. Contramarchó a Achaguas. A todas sus pérdidas y temores se agregaba la entrada de la estación lluviosa, o sea, del invierno tropical, cuando los ríos desbordan y las aguas forman de los llanos de Barinas, del Apure, del Arauca, un verdadero mar interior. ¿Qué esperanza tenía de salvar su ejército en medio del cataclismo? A esta gran contrariedad de la naturaleza sólo había un hombre capaz de hacerle frente y triunfar.

Bolívar por su parte había regresado al Arauca para dar descanso a sus soldados. Sabedor de que Morillo volvía la espalda el 1º de mayo para buscar cuarteles de invierno, dio orden a Páez de hostigar sus divididas fuerzas.

Este descanso del Libertador en Rincón Hondo y el Cañafístolo debe marcarse con piedra blanca como el punto inicial de su buena suerte. La adversidad lo había batido cruelmente, pero él fue superior a la fortuna, que se vio obligada a rendirse a sus pies. Fue la recompensa de Dios al hombre que en la persecución de un noble ideal sabe aceptar sin arredrarse las heridas del cuerpo y las desgarraduras del alma. Lejos estaba aún de haber coronado la grandiosa empresa, pero desde este momento puede considerársele como el navegante que no obstante el golpe tempestuoso del mar y del viento, surca las aguas con recio timón y brújula segura. De aquí en adelante los ejércitos que comandaba personalmente salieron ilesos y victoriosos en la pelea. No es que su vida se viera ya exenta de peligros, fatigas, contradicciones de los hombres y contrastes de la naturaleza; es llanamente la curiosa predicción del coronel Francisco de Paula Alcántara: "Permítame V. E. que anote la fecha en que vuestra fortuna ha cambiado; desde hoy os acompañará la prosperidad".

El presbítero coronel José Félix Blanco, ligado al Libertador y su familia desde las primeras horas de su vida, y adicto a su persona, administrador desde los tiempos de Piar de las

misiones del Caroní, alega que fue él quien primero trató de inducir a Bolívar a hacer la campaña invadiendo a Nueva Granada. Había llegado en el verano de 1818 a presencia del Libertador, que se hallaba en su habitación con don Fernando Peñalver:

—"Oh padre Blanco. ¿Qué me trae?", dijo con jovialidad Bolívar al ver entrar a su amigo y capellán.

—"¿Qué le traigo?" ¡Plata! contestó Blanco.

—"¿Cómo? ¿De veras? Pues me vendrá muy bien, repuso el Libertador, cuyo calzado roto y pantalones llenos de agujeros, como todo el vestido, se hallaban en muy deplorable estado. Estaba, como vulgarmente se dice, "desnudo" el hombre que dirigía la guerra y presidía los destinos de la naciente república".

El padre Blanco traía como 300 pesos, producto de unos cueros de ganado mayor beneficiados en Upata. Los entregó y Peñalver mandó comprar con ellos alguna ropa para el Libertador, artículos de escritorio y otros necesarios para el ejército.

El Libertador le manifestó a Blanco que se preparara para que lo acompañara a la nueva campaña que pensaba emprender sobre Caracas, y éste le contestó:

"Usted me honra con su confianza y faltaría a mi deber de patriota si no le hablara con la franqueza de siempre. Yo no le acompañaré en esta operación y me parece que usted no debe acometerla".

El Libertador estaba tendido horizontalmente a través de su hamaca: se sentó de repente en ella y exaltado dijo a Blanco:

—"¡No quiere usted acompañarme a libertar nuestra patria! ¿Y qué fundamentos tiene usted para pensar de ese modo?

—"Son los siguientes", contestó Blanco prontamente. "En el reino hay dinero para gastos de la guerra, población homogénea para contrapesar las masas de Apure, y opinión muy viva por la república; elementos todos a la disposición de usted, que tiene allí ileso su nombre por los servicios y el prestigio que le fundó Camilo Torres; mientras que aquí en Venezuela esca-

sean aquellos elementos, y usted, principalmente entre nuestros paisanos los caraqueños, está desprestigiado un tanto".

Bolívar inmóvil oía a aquél hombre de quien nunca había recibido la menor señal de adulación ni de flaqueza en su adhesión y patriotismo, y agitado le dijo:

—"Pues bien, padre Blanco, usted irá a Nueva Granada a explorar la opinión".

—"Nada imposible me impone usted: iré", repuso Blanco; y en efecto, como comerciante con mercancías facilitadas por el inglés Juan Alderson, hizo el viaje de exploración, entrando por Casanare, operación delicada y peligrosísima para el comisionado, pero que dio resultados favorabilísimos; pues por sus informes pudo el Libertador acabar de decidirse, y sobre ellos, que eran prolijos y valiosos, ejecutó la gloriosa campaña de 1819 de Nueva Granada en que encontró todos los elementos que Blanco le anunció el 17 de noviembre de 1818, campaña con que libertó no sólo a Nueva Granada sino también a Venezuela, pues de allí sacó ejércitos, recursos y hombres con que triunfó de los españoles". Hasta aquí la relación del mismo padre José Félix Blanco.

El alto, decimos, en Rincón Hondo y el Cañafístolo, fue la señal del cambio total de la fortuna de los ejércitos de Bolívar.

A esa sazón los informes de Casanare fueron en extremo halagüeños. Santander desempeñó con dedicación, talento y patriotismo la delicada misión a él confiada. Unió los ánimos divididos de los jefes de la región, aumentó su división, acrecentó la opinión favorable de los pueblos y trabajó sin tregua en la distribución de noticias y boletines patriotas, que hacía circular profusamente en la región y los pueblos de la cordillera aledaña y de la vecindad de Tunja.

Sabedor de este halagüeño estado de cosas, convencido de que su expedición a Barinas y la conquista de Venezuela presentaba grandes peligros debido a que le había fallado la cooperación de Urdaneta y demás tenientes por la costa y el oriente, Bolívar tuvo un cambio de opinión tocante a la dirección que convenía dar a la campaña.

¿Influyó en esto la conversación del año anterior con el presbítero coronel José Félix Blanco? Es posible que un súbito recuerdo le representase cómo un supremo esfuerzo para superar las vallas que oponía la estación lluviosa con su inundación del llano, y la no menos grave y costosa de la ascensión de los Andes por gente llanera que miraba con horror abandonar su llana y ardiente patria para remontarse a otros sitios fragosos y gélidos, es posible, decimos, que las reflexiones lejanas de su fiel lugarteniente y sus subsiguientes informes robustecieran el efecto de los que ahora recibía y movieran los resortes de su talento y espíritu previsivo para modificar radicalmente su plan de operaciones.

Mas no se crea que en su espíritu dejaron de pesar los grandes inconvenientes del presente y las posibles contingencias de una campaña tan atrevida. Si su espíritu era en ocasiones sorprendido por inspiraciones súbitas, su reflexión rápida o su meditación más o menos laboriosa entraba luego al punto en juego, y con su concurso decidía la acción. El se representó el estado actual de las tropas desnudas, cuya nula vestimenta podían soportar sin duda en clima nativo, pero que no le era dado abrigarlas en el helado clima de las alturas y páramos que debían tramontar; los ríos que necesitaban atravesar, caudalosos muchos, navegables algunos, y lagunas como la Cachicamo; las llanuras inundadas por las lluvias de la estación ya entrada y necesaria salida de madre de los ríos; las deserciones ineludibles ante la condición de los soldados enfrente de la adversa preocupación de las alturas a donde se encaminaban, y de los fríos páramos que presentían; pero las ventajas obtenidas por Santander contra Barreiro y los progresos logrados en la opinión granadina por la propaganda del mismo prócer y las crueldades y arbitrariedades del régimen pacificador; los recursos casi infinitos que le proporcionaría el país al derrotar en el centro del virreinato las fuerzas españolas y posesionarse como consecuencia de casi todo el virreinato, pesaron más en su cerebro y lo decidieron al cambio de su primera determinación.

El 15 de mayo parece ser la fecha de su feliz inspiración. Páez debía expedicionar sobre Cúcuta para libertar esa porción del virreinato hasta Cartagena y distraer además el fuerte ejér-

cito de Morillo, dividiendo así su aprensión entre el occidente y el oriente de Venezuela.

¡Quizás reverberaba en la conciencia del jefe supremo la luz de su profecía del 15 de agosto de 1818! ¡Granadinos: el sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares a la libertad!

¡Elementos, vestuario, zapatos para los soldados ingleses sobre todo, no acostumbrados a marchar descalzos! Esta demanda angustiosa recibía en Angostura el vicepresidente Zea, que hacía cuanto estaba en su poder para atenderla.

En la aldea de Setenta, finalmente, en el hato Cañafístola y hacia la ribera derecha del Apure, resolvió reunir su consejo de oficiales. ¡Es indispensable invadir y libertar a Nueva Granada si queremos hacernos con elementos, soldados y prestigio para salvar a Venezuela! ¡Las penalidades que ofrece la empresa se verán ampliamente recompensadas con la victoria y el dominio de un rico país! Y aunque resuelto irrevocablemente a la acción, expresó esas ventajas a sus jefes subalternos.

En una "choza arruinada", donde no había ni una mesa ni más asientos que las calaveras de las reses que para racionar a la tropa que había matado no hacía mucho una guerrilla realista, blanqueadas por el sol y la lluvia, tomó el parecer de Soublette, Ambrosio Plaza, Anzoátegui, Iribarren, Rook, Briceño Méndez, Rangel, Manrique, Carrillo. Aunque algunos, como Iribarren, se manifestaron contrarios, el proyecto triunfó. Osado proyecto que habría bastado para hacerlo fracasar su divulgación y conocimiento de Barreiro en Nueva Granada y Morillo en Achaguas. Por eso insistió ante Santander, ante Páez y los presentes en Venezuela, en la necesidad absoluta del secreto, que se guardó fielmente. Este secreto y la rapidez característica empujaron la expedición con viento favorable por entre los enormes obstáculos que la impedían.

Como de costumbre, minuciosas órdenes repartió a cuantos atrás habían de quedar: Páez con sus expedicionarios a Barinas y Cúcuta; Pedro León Torres, en el bajo Apure; Bermúdez, Zaraza, Monagas y Mariño. A Santander se le despachó un posta que le llevaba también instrucciones y pautas.

Pero la mala semilla no se había bien eliminado del ejército, y crecía la mala hierba, aunque afortunadamente no fue suficientemente robusta para ahogar la espiga lozana de la obediencia y el valor. El coronel Irribarren se separó en la víspera de romper la marcha, con su bravo escuadrón de húsares del Apure. ¡Ya se habían dado por descontadas las deserciones colectivas como ésta, e individuales como las ocurridas en días subsiguientes: eran parte del trabajo y afanes de cada día. La expedición seguía no obstante. Fue el memorable 27 de mayo cuando el ejército rompió la marcha desde Mantecal, donde acampaba, y a los 7 días de marcha, bajo lluvias torrenciales y entre las aguas que inundaban el suelo, entró en Guasdualito, habiendo hecho el trayecto a un promedio de 44 kilómetros diarios.

Es acto de justicia mencionar a los bravos conductores de las tropas que impertérritos, sin una queja, sin la menor claudicación, a la cabeza de sus cuerpos: Arturo Sandes, con el batallón "Rifles"; Ambrosio Plaza con el "Barcelona"; James Rook, el optimista inconmovible, con la Legión Británica; Cruz Carrillo con el "Bravos de Páez; Bartolomé Salom, con la artillería; los jinetes que conducían los "Guías de Apure"; Juan José Rondón, a quien esperaba el Pantano de Vargas para cubrirlo de gloria; Leonardo Infante, el que en el Rincón de los Toros, montó al Libertador en el caballo ricamente enjaezado del vencedor barinés realista Rafael López; Lucas Carvajal, Julián Mellado y Hermenegildo Mujica.

Bajo tales jefes adelantaban los 2.146 hombres, unos y otros sostenidos por el prestigio del presidente de Venezuela, quien a su vez sentía orgullo de mirar entre sus subalternos tanta intrepidez y valor, tanta admiración y adhesión.

¡General, dice Rook, seguiré con usted si así es preciso hasta más allá de la muerte! No había entre estos héroes diferencias en el sufrir ni tampoco en los sentimientos patrióticos. Todos compartían unos mismos trabajos, todos, comenzando por el presidente Libertador, compartían una misma ración miserable, y él, como todos los demás, se vería conquistar a los Andes con la vestimenta pobre y estropeada que daba el toque clásico del compañerismo y camaradería con sus subordinados.

Esta pobre expedición iniciada con 2.146 hombres era la que destinaba Dios para quebrantar y romper definitivamente los 10.000 soldados aguerridos, bien alimentados, bien vestidos, cómodamente alojados, que señoreaban a Nueva Granada desde hacía tres años. Por lo pronto, el coronel José María Barreiro, comandante de la tercera división realista, con más de 5.500 hombres a su rápido alcance, disponía de 3.200 en Tunja, y el vigoroso reto republicano era dirigido contra él.

A la sazón Barreiro estaba ignorante de los designios de los patriotas. Lo estaban también Morillo en Calabozo y los realistas de Santa Marta y Cartagena. El cálculo del Libertador era propio de su genio y previsión: interponerse entre los diversos estacionamientos realistas, fraccionar su atención por todas partes, pulverizar a Barreiro, y dueño de las regiones ubérrimas del nuevo reino de Granada, proveerse de cuanto le hacía falta incluso soldados, y proceder a inutilizar detalladamente los diversos cuerpos de los pacificadores. La rapidez de los movimientos era primordial elemento de victoria.

En el entretanto Barreiro, destinado a vigilar la frontera por Casanare para impedir una posible invasión de Santander, había intentado atacarlo, pero él supo eludirlo y mantener al español en sus reales.

Y la marcha sigue de Guasdualito atravesando caños anegadizos y más ríos, como el Uribante y el Matiyure, tributarios del Arauca, de nuevo el Arauca, el lago o estero Cachicamo, fuente del Capanaparo, tributarios del Orinoco, el Lipa, el Ele, el Cuiloto, y finalmente, el río Crabo del norte, tributarios del Meta, mares que era preciso vadear con el agua a la cintura, mares que se repetirán en lo que resta del trayecto. Con cueros de res o con troncos de árboles tenían esos hombres impertérritos que construír balsas y botes en que transportar las municiones y algunos bagajes, conducidos por expertos nadadores.

En el puerto de Arauca esperaba Bolívar encontrar el socorro de bestias que había prometido Páez: ni el número pedido de animales ni la calidad indispensable correspondieron a las esperanzas y promesas: "mejor hubiera sido", le escribe, "que no se hubieran ofrecido, porque por lo menos no habría

contado con ellos para la marcha y no sería tan sensible su falta". ¡La pequeñez antipatriótica en acción! ¡Era otro de los grandes obstáculos; mas como los demás no logró desmoralizar su ánimo! Y pensaba el jefe supremo como en Jamaica: "La unión es lo que nos hace falta para completar la obra de nuestra regeneración"; y meditaba en las desgracias de las campañas de Guayana, ocasionadas por la desobediencia de Páez; y consideraba cómo "en la guerra no se comete falta impunemente, pues la inexactitud en la ejecución de los planes o combinaciones trae frecuentemente graves irremediables males".

Por lo pronto, y al avanzar del Hato de Santo Domingo hacia Tame, encontraron mejor camino y provisiones de boca, pues pudieron gozar el regalo de los plátanos generosos.

Pero pronto habían de repetirse los perjuicios pasados de las inundaciones hacia Pore. En Tame lo esperaba Santander. Conferenciaron sobre la mejor de las vías para ascender la cordillera a cuyas faldas estaban los Andes orientales de Nueva Granada. El camino que mejor se prestaba materialmente era el de Labranza Grande y aún el de la Salina Chita, que por un momento fue el elegido porque es el más breve y mejor, como porque ofrece más comodidades para las tropas, que pernoctarán siempre en poblado y sufrirán poco el rigor de los páramos por ser menos fuertes y no tan largos.

No obstante, una madura reflexión hizo cambiar de designio, y escoger definitivamente el páramo de Pisba. Este no estaba tan vigilado y fortificado como aquél; y si más riguroso de clima y dificultades, prestaba más seguridad al ascenso de la cordillera por escasez de enemigos.

Ya está en Pore. En el ascenso de la cordillera se presenta el enemigo presentido y temido de los llaneros: el frío del páramo. Su solo pensamiento los llena de pavor. Esos seres que no conocen sino terrenos bajos y planos poblados de sol que enardece su sangre y da vida a sus movimientos y tonicidad a sus músculos, se sentían presa del sopor entorpecedor que iba gradualmente paralizando su actitud y adormeciendo sus sentidos hasta encontrarse invadidos de una extraña sensación que movía sus rostros y labios en indescriptible mueca de euforia y placidez, que no era otra cosa que el saludo de la muerte.

Así perdió el ejército buena cantidad de sus efectivos. Bestias y hombres perecían a granel. Rodaban por el suelo las armas que portaban los unos, y las otras transportaban. Las vituallas se perdían lamentablemente. El Libertador atento a todo como en todo el trayecto del llano, servía en todos los oficios: ayudaba a reanimar a los desfallecientes, levantaba a los caídos, colocaba y enderezaba las cargas, y a todos sostenía con el afecto optimista y mágico de su palabra.

¡Acción, acción, se necesita para enardecer el cuerpo, para desterrar de los miembros el mortal sopor!

Pero han de recorrer por caminos ahora pedregosos y resbalosos senderos o atascaderos de las acémilas, despeñaderos estrechos, caminos abiertos entre torrentes, hasta la cumbre a una altura de 4.000 metros sobre el nivel del mar, helada y enrarecida. Todo esto da la idea de las penalidades sufridas por hombres y acémilas que caían de fatiga al paso de sus cargas. Sólo la presencia de Bolívar, el ejemplo de su entereza y paciencia, su paternal asistencia a todo y sus palabras de fe sostenían a aquellas tropas.

Y cada vez avanzaban más a donde la gloria y la recompensa los esperaban. Se acostumbra todavía como entonces acudir a los atacados del frío de esos páramos, a los "emparamados", con un remedio que resulta eficaz: los azotes. A este curioso método de curación se debió la salvación de muchas unidades.

El primer encuentro. El 27 de junio choca la vanguardia de Santander con una avanzada de 300 hombres en Paya, posición realista de lo más ventajosa. Los realistas ceden a los escuálidos escuadrones. ¿Qué les pasó a los valientes soldados de Fernando VII que bien equipados, alimentados y descansados en "posición tan fuerte por la naturaleza, que 100 hombres son bastantes para detener el paso a 10.000, no se sostienen ante estos esqueletos de guerreros?

Fue este encuentro un anuncio de éxito que robusteció la moral de los expedicionarios. La opinión granadina, por otra parte, había adelantado mucho en favor de la independencia, como hemos dicho, y desde Paya en adelante las tropas pu-

dieron palparlo: los habitantes se apresuraban a recibirlos con hospitalidad y amor, y a brindarles las comodidades de que podían disponer. Todos cooperaban en el buen éxito de la gloriosa empresa. No menos que el odio que les habían infundido los manejos realistas, la mágica presencia de Bolívar levantaba el entusiasmo por la causa.

Mientras tanto el presidente se multiplicaba para reunir, reanimar, rehabilitar a los infelices que víctimas del cansancio y del frío quedaban rezagados o enfermos del mal de los páramos, y para conducir las armas, municiones y abastecimientos arrojados y dispersos por los caminos en fuerza de la dura jornada. El, que acostumbraba adelantarse a la tropa, ahora solía permanecer atrás con el fin de auxiliarla materialmente.

Todavía no habían experimentado el páramo de Pisba, de 30 kilómetros, donde esos valientes acamparon desprovistos de abrigos e indefensos contra el aire abierto, y mucho les faltaba para llegar a la parte más benigna de la jornada, sobre la falda oriental de la montaña, es decir, el pueblo de Socha.

¿Había de imaginar Barreiro que su enemigo emprendería la marcha hacia Tunja por otra vía que la de Labranza Grande, la única asequible en la estación? Bien comprendió el Libertador que conducido por este error Barreiro se aprestaba para darle un golpe mortal; y resolvió sin vacilar persistir en la desusada vía del páramo con todas sus conocidas desventajas, pues era preferible sufrir unos días y salvar el ejército a tomar por la engañosa senda de la dicha y perderlo todo.

Entró Bolívar el 7 de julio en Socha. Su corazón rebosó de euforia. Pisaba el valle de Sogamoso, fértil, rico, benigno. Nada se le negó para el servicio de su gente y de la guerra. De aquí en adelante cambiaría el aspecto de sus compañeros; ya podían contar con habitaciones en que acampar, ropa para cubrirse, alimentos para subsistir, hombres para transportar los elementos dejados en el camino por la necesidad, soldados para aumentar las fuerzas combatientes.

Cuando los cuerpos patriotas acabaron de entrar en Socha lo hicieron, dice Santander, "sin un caballo, sin monturas, y hasta sin armas, porque todo estorbaba al soldado para volar

y salir del páramo... El ejército era un cuerpo moribundo; uno u otro jefe eran los únicos que podían hacer el servicio. Pero ¿qué se podía temer si a su frente estaba el general Bolívar? Como siempre este hombre se hace superior a todos los hombres desplegando su energía y firmeza. En tres días hace montar la caballería, la arma, reúne el parque y restablece el ejército; por todas partes dirige partidas contra el enemigo, pone en efervescencia los pueblos, amaga atacar en todas direcciones, y el 11 de julio presenta la primera batalla en las alturas de Gámeza. ¡Oh pueblos de la provincia de Tunja! ¡y cuánto contribuyeron vuestros generosos esfuerzos para efectuar esa transformación que ha dado la salud a la república!

¡Atrás nunca! fue el voto de esos valientes al mirar a su espalda los elevados montes que dejaron, cuyas nieves los invitaban a no volver hacia ellas! Venceremos o moriremos en la demanda! ¡Eran las naves de Cortés reducidas a cenizas!

Los realistas experimentaban un asombro desmoralizador con la sorpresa de esta repentina aparición de los patriotas: el Pacificador Morillo quedaba atrás absolutamente ignorante y burlado.

Aquí cabe sintetizar la hazaña del Libertador con la siguiente observación de Lecuna:

"El ejército libertador atravesó en la campaña del Perú la Cordillera Blanca, más elevada que la oriental de Nueva Granada, sin sufrir pérdidas sensibles como en esta última, porque la cruzó bien equipado y provisto de todo lo necesario. En aquella campaña Bolívar y Sucre pudieron preparar el ejército durante varios meses en los ricos departamentos de Cajamarca, Trujillo, la Costa y Huánico. Los soldados con vestidos dobles, zapatos y abrigos, dormían en cobertizos, llamados en el país pascanas, construídos especialmente, donde encontraban víveres y leña; se habían entrenado para resistir el soroche, y los jinetes marchando en mulas, llevando de diestro sus caballos, herrados convenientemente, y de noche los cubrían con mantas; mientras que emprendida sin esos elementos por carencia de medios, el ejército casi desnudo, y los caballos y mulas sin herrar, arrostraban peores caminos. Por todo esto la heroica empresa tuvo carácter trágico".

La pasmosa actividad mental y material del presidente extiende a lo largo y a lo ancho de la región fuerza armada y notas enardecedoras. Las primeras custodian las posiciones, y las segundas levantan a los pueblos y crean soldados: hombres que hubieron de huír y esconderse del terror realista, y ahora surgen a la luz y acuden en busca de un fusil con que crear de nuevo y fortificar el sagrado recinto de la patria.

Los detalles de todos los movimientos patriotas estudiados con el acostumbrado talento del caudillo y ejecutados matemáticamente por sus oficiales corresponden a la historia especial de la guerra, y a ella remitimos a los lectores.

En virtud de los sabios movimientos ordenados por el Libertador, el coronel Barreiro vino a colocarse a la defensiva, que según los principios de Bolívar constituía de por sí una posición de inferioridad. Escaramuzas y encuentros parciales de avanzadas provocados por nuestras fuerzas pretendían en vano retar a los realistas a una acción que siempre eludían. Comprendió Bolívar que Barreiro daba largas esperando refuerzos de Bogotá o de los lados de Cúcuta, y ardía en ansias de obligarlo a aceptar el reto.

En los Corrales de Bonza el 11 de julio, un destacamento enemigo cae en manos del coronel Durán, y el mismo Libertador con las divisiones "Santander" y "Anzoátegui" los atacó audaz y denodadamente. La carga subsiguiente del coronel Justo Briceño y un refuerzo presentado por Santander decidieron el repliegue enemigo hacia la Peña de Tópaga.

Buscaban los enemigos posiciones magníficas, ya colocados por las disposiciones de Bolívar en franca defensiva; pero el ojo de lince de éste, comprendió el desastroso efecto moral causado por su acometividad vigorosa en los realistas, veía en cambio la moral de su gente aumentada por el entusiasmo inusitado de los pueblos, que ofrecían al ejército hombres, caballos, provisiones, techo, vestimentas, calzado, tabaco y bebidas. Juzgaba así duplicada y triplicada su capacidad combativa. Si esta misma simpatía popular hubiese tenido la causa americana en 1814 en los valles de Aragua, Boves no habría triunfado, pues la obra de los espías habría bastado para aplastarlo entre dos

ejércitos en San Mateo; ni en los llanos de Apure y Calabozo en 1818 habrían ocurrido un Rincón de los Toros y otras desgracias que hicieron esas campañas menos fructuosas de lo previsto y tan costosas por las pérdidas de hombres.

Decimos que Barreiro perseguido por los independientes al través del puente de Gámeza, se trepó a la Peña de Tópaga sin que la tremenda posición le valiera, pues tuvo que abandonarla con grandes pérdidas después de 8 horas de pelea. Una caída o desmontada de Santander de su caballo alarmó al notarla Bolívar que iba adelante, y lleno de solicitud volvió atrás para prestarle socorro: afortunadamente fue sólo una contusión.

Debe tenerse presente para mejor valorar las acciones que se sucedían sin cesar en encuentros más o menos sangrientos, que las tropas de Bolívar no habían podido reunirse todavía: muchas estaban aún en camino, muchas reponiéndose de las graves fatigas, otras atendiendo a la recolección de las caballerías dispersas, al transporte de las municiones, armas, equipajes, provisiones, al rescate de unidades extraviadas: los hospitales daban de alta a los hombres poco a poco; y diseminados así notablemente los efectivos, el jefe superior, no obstante. tenía ánimo suficiente para retar a un ejército intacto y disciplinado, para levantar los pueblos y prender la hoguera del patriotismo y del entusiasmo, de modo ya irrevocable en lo sucesivo.

Y sus ejércitos aumentaban en número porque la ley marcial unida a ese ánimo patriótico le proporcionaba gente bisoña, naturalmente carente de entrenamiento militar. Ni siquiera sabían manejar el arma que por primera vez caía en sus manos. A su extraño aspecto campesino, antítesis absoluta de la apostura marcial, se refiere O'Leary al describirlo: ancho sombrero de esparto era en vez del morrión o kepis el adorno de su cabeza; el abrigo de su ruana, prestando a la cabeza ancho agujero por donde salir y mostrarse, caía en cuatro puntas sobre las piernas; los pies, si algún calzado ostentaban, era la criolla alpargata; el andar cauteloso les imprimía el aire de quien avanza temeroso de lo que ve y oye: su conjunto daba más la impresión de un ánima en pena que la de un hombre esforzado a quien aguija el deseo de pelear por una causa sa-